

GRABADOS DE M. IBARRA, MEXICO.

IMPRESO EN LOS TALLERES DE E. AGUIRRE, MEXICO.

RUBEN M. CAMPOS.

JULIO DE 1906.

REVISTA MODERNA DE MEXICO



DIRECTOR, JESÚS E. VALENZUELA. CONSULTOR ARTÍSTICO, JESÚS URUETA.

POEMAS DE JORGE RODEMBACH

I. DEL SILENCIO (VII)

La habitación tenía un aire mortuorio y de desmayo,
en aquella hospedería, en una población muerta,
donde hemos vivido aquella divina tarde de Mayo!
Muy silenciosamente nos cerraron nuestra puerta,
como sintiendo que entrásemos con nuestra felicidad.
Caminábamos con un paso ahogado y medroso,
como se entra en una alcoba donde hay una enfermedad. . . .
Aún flotaba allí algo de un olor intenso y soso,
de ramilletes antiguos, con besos entremezclados,
que ahora estaban en vasos invisibles ya difuntos.
Y los muebles de un decrepito lujo, fríos, cejijuntos,
guardaban sobre sí, polvo, entre los negros crespones,
que, entre la melancolía de los ajados tejidos,
después de tantas nocturnas y domésticas sesiones,
de los relojes de arena de los años son caídos!

Cámara extraña: se hubiera dicho que tenía un secreto de alguna cosa muy triste y que estaba ya cansada de ver huir el misterio ante aquel espejo inquieto! Por eso le hacía daño nuestro amor á esta morada. Y aun cuando tú te acercaste con manos casi devotas á rozar la amarillenta, caduca y dormida clave, salió un canto tan doliente y tan pálido y tan suave entre aquella soledad, propicia de las gavotas al despertar, que temblaste como al contacto de un muerto. Y sentimos callados, en este aposento yerto, con el cual nuestra alegría llegó en desacuerdo á estar, ¡la hostilidad de un silencio que se vino á perturbar!

II. LA VIDA DE LAS HABITACIONES (XI)

Nuestras habitaciones son verdaderamente ancianas, que secretos saben, cosas pasadas; que cailan con un aire, confidente, indulgente, y que ocultan tras las vidrieras ya cerradas, ¡que ocultan en el fondo de los turbios espejos estas largas historias de nuestros tiempos viejos! . . .

Allí aún sigue su caída lenta, á través de la tarde soñolienta: ¡todos los secretos entran en la cuenta! . . . Los aposentos son como buenos ancianos, y en verdad son también como buenas abuelas; ellos sueñan, bajito, en los viajes lejanos; ellas, cuando están solas, se vuelven medrosuelas. Tristes por haber visto á muchos ya morir: ¡he aquí nuestro dolor permanente y actual, nuestro fatal dolor humano, contra el cual, las alcobas en duelo no han podido aguerrirse! . . . Rememoran aún la hora de partida de un alma que, una tarde, al último reflejo del sol, voló de súbito sobre ese turbio espejo: —y desde entonces siguen en éste su caída. . . .

III. EL CORAZON DEL AGUA (XII)

¡Oh, Corazón del agua, corazón pensativo:
 corazón de una virgen sedienta de ideal,
 que sufre de estar sola, porque no turba un vivo
 con un ruido esta gran calma que le hace mal!
 ¡Oh, Corazón del agua, sin tristeza y nocturno;
 oh corazón del agua variable é ignorado,
 que sin duda un claror de amor habría endulzado;
 oh corazón por siempre hurraño y taciturno! . . .
 Asedian este corazón ciertos reflejos;
 pero, cuando descende, todo allí se desflora,
 toda cosa recula y se torna incolora,
 propagando allí un frío de sepulcro y de ausencia,
 como un dolor de adioses que ya nos suenan lejos. . . !

El agua está más triste, si espera la presencia
 de alguien que viene por la pálida avenida,
 que los árboles diáfanos reflejan en su fondo.
 El agua solitaria, tiembla, ya estremecida,
 ella que no ama á nadie con un afecto hondo,
 y que muere de estar sola, á fines del día,
 cuando van los amantes con su melancolía,
 y deshojan palabras cerca de sus orillas,
 ramillete de dulces confesiones sencillas
 que el silencio del agua en si ha recogido.
 ¡Oh, penúltimas flores de un corazón rendido,
 oh lirios deshojados y diálogos finales,
 voluntades muy flojas, vencidas y fatales!
 ¡Oh, estas confesiones que el agua se asimila,
 le dan un estremecimiento, una ansiedad,
 como si se tornara núbil; luego, intranquila,
 y se acercase el término de su virginidad. . . .

IV. PAISAJES DE CIUDAD (V)

Corona las ciudades un coro de veletas;
 aves de hierro, que sueñan con una huida

por los aires, en estas poblaciones sin vida
 y sin placer en estas calles desiertas, quietas,
 donde raros transeuntes de grises siluetas
 llevan un paso que es un toque de finado. . . .
 Siéntese un uniforme silencio, duro y frío,
 despótico (y con todo, tan débil y cansado);
 y en él todo clamor se calla fatigado;
 y toda voz se muere, en medio del vacío,
 ajada y como yerta;
 y ningún ruido extraño jamás lo desconcierta,
 pues el menor rumor infinitesimal
 causa una turbación, parece algo anormal,
 como reír al lado de un enfermo que duerme. . . .
 Porque el silencio aquí es en verdad inerme,
 fatigado y pesado.
 Porque es imperioso y porque es contagioso,
 y porque de él se impregna el menos refinado;
 como de incienso en un recinto religioso. . . .

¡Ah, estas ciudades, este silencio que no ofende,
 que aumentan las campanas en la torre sonando;
 este silencio tan vasto que nos sorprende
 sobre vivirse á sí mismo en aquella nada
 de las cosas que nos rodean; no entregando
 nuestro cuerpo á la muerte!. . . . Ofelia, resignada,
 se entregó á la caricia de las aguas profundas.
 ¡Oh, silencio dulcísimo que ahora nos circundas!
 ¡Oh, murmullo del agua que á nuestro encuentro viene,
 nos tienta y nos arrastra detrás de sí entre rosas! . . .
 La ciudad está muerta también. ¿Qué nos retiene?
 Parece que sentimos el Orden de las Cosas. . . .

V. CAMPANAS DEL DOMINGO (IX)

Domingo: este era día de lentas y cansadas
 excursiones por muelles y vastas esplanadas,
 á lo largo de un muro de hospicio, de un canal
 muerto, donde la niebla flota ya, vespéral. . . .

¡Domingo! ¡Qué silencio! El alma ya ha temblado,
á ese viento del norte, sutil y acidulado! . . .
Silencio del domingo en redor del Seminario,
y más silencio en la Plaza del Obispado,
donde á veces divaga el ruido endomingado
de un campanario viejo ya valetudinario! . . .

Pasaban, á lo lejos, monjas apresuradas;
guardando la emoción en su rostro anemiado,
de haber aquella misma mañana comulgado,
felices, y diciendo un rosario apagado,
cuando volvían de las vísperas terminadas!

La campana, perdida por entre los tejados,
es también una monja que en su torre ha vivido,
como las monjas en sus conventos retirados:
una hermana tornera con guiñapos ajados,
que hace un ruido de llaves en el aire transido,
encorvada so el peso de los años pasados,
y haciendo su visita con un negro vestido. . . .

La campana, por tanto, es la que ahora camina,
y siempre en mis oídos oigo una mortecina
campana sobre mi alma, que es monja penitente,
puntual y con accesos de tos intermitente;
que me recuerda el cielo y á la misa me invita
y desgrana sus sonos como el agua bendita. . . .

VI. AL BORDE DEL ALMA (IV)

Mi alma está en destierro, quejosa y destronada.
¿Qué placer en los goces de este mundo ha sentido
y en la falsa alegría algo repiqueteada
que descende sobre ella en el aire transido?
Sólo ya se consuela con la vida soñada;
la vida con las fajas de mentira vendada. . . .

Mi alma ha sufrido en el camino de lo Real
mucho, y se encuentra ahora como en convalecencia.

Ya dió fin la esperanza y el trabajo manual
 por dar aire de renacimiento á la existencia,
 y vendimiar yo mismo, como pensé en la albura
 de mi niñez, racimos de la uva madura. . . .
 Las viñas las asaltan los otros que yo ignoro;
 ya el vino ha fermentado en su lagar sonoro;
 y de hoy en adelante —terreno hostil y duro,—
 la vida es un jardín de espinas y de espadas. . . .

Pero al menos, los sueños son el mundo aún puro
 do se refugian nuestras manos desocupadas.
 ¿Qué me importa la vida y los toques despiertos
 de las cornetas? Su són es muy breve y triste.
 Y mi alma ya sabe que sólo el sueño existe
 que se pueda amar siempre como se ama á los muertos:

Los sueños son al menos una amistad segura;
 joyeles donde duerme la luz azul muy pura,
 eterna y, como el agua, siempre multicolora. . . .
 Esto nos da un tesoro más fresco cada hora.

¡Ah, Señor! Aumentad en mí esta riqueza
 de que soy á la vez dueño y guardián humano;
 y ante los sueños nuevos, tratadme con largueza. . . .
 ¡Oh, Señor, dadme siempre mi sueño cotidiano!

VII. PAISAJES DE CIUDAD (VIII)

Ciertas ciudades solas, viejas y declinantes,
 y cuyos campanarios son abuelas morosas,
 tienen en torno una cintura de baluartes.
 Cintura de tristeza y de monotonía,
 donde suenan clarines, como para una marcha;
 cintura con los fosos y la hierba amarilla;
 vibraciones de cobres, caducas y en menguante;
 á lo lejos, en los taludes, los reclutas
 van y vienen, en la sombra, entre el incesante
 batidero de un solo atambor melancólico. . . .

¡Baluartes ahora nulos! ¡ciudadela que miente!
 ¡muros desmantelados! (¡Oh, este nombre simbólico!). . . .
 Porque en verdad un frío, al oírlo, se siente;
 pues verdaderamente son como algo glacial
 a estas maniobras, en las ciudades viejas,
 al ritmo de un tambor apenas ya marcial;
 que parece colmena donde mueren abejas!

VIII. LA VIDA DE LAS HABITACIONES (XVII)

Los aposentos, por la noche, mueren;
 son párpados cerrados las persianas;
 los ojos son las pálidas vidrieras
 donde se borra todo y se enmaraña.
 Cada sillón es como un sacerdote
 que se postra de hinojos, á la entrada
 de alguna Extremaunción: lento y monótono
 el péndulo devana
 su cansado rosario de agonía;
 y el espejo de luna aún muy clara
 ofrece una Asunción entre la sombra,
 ¡y se adivina un vuelo de nuestra alma!
 ¡Cotidiana penuria!
 ¡Luminosa alma blanca
 del día que, traidor, nos abandona
 y huérfanos nos deja de su llama!

¡Oh dolor cada día de regreso! . . .
 ¡Oh pena cotidiana
 de la muerte del sol que nos despide
 sobre nuestras mejillas infamadas!
 ¡Dolor siempre en regreso!
 ¡Obscuridad en nuestras manos pálidas!
 ¡Oh aposentos de luto riguroso,
 donde hasta la mañana
 nuestros débiles ojos consolamos
 con la claror de lámparas! . . .

X. DEL SILENCIO (VIII)

En el silencio y sombra de la casa
 ha resonado el campanil del péndulo.
 No se sabe si es triste ó si es alegre
 un aire que ha ondulado en el silencio;
 tan pronto nos parece un decenario
 de la hora en oración, como un ligero
 y grácil pajarillo que se baña
 y de perlas de agua cubre el cuerpo;
 luego cristal que llueve,
 entremisto de hierro
 que graniza; centellas de ruido
 bajo un martillo seco;
 música juguetona
 de una boda al regreso
 que sube, rengueando, la escalera
 de caracol, y desaparece luego;
 un retintín de vasos que se chocan;
 cristal que se lamenta como enfermo;
 cascabeles alegres de locura;
 valeses; vino clarete, vino añejo;
 carnaval fatigado
 por los bailes frenéticos,
 que regresa á la casa,
 vacío de razón y de dinero,
 y que deja esparcirse
 por el trillado suelo,
 las últimas grajeas,
 los *confetti* postreros. . . .

XI. DEL SILENCIO (X)

Músicas de la calle: acordeones
 que una canción amorosa comenta,
 ritmo indistinto al cual suplen nuestros corazones,
 quien del mejor de nosotros lo ríe y lo aumenta.

Clarines de cobre ante los soldados;
canciones de catecúmenos, procesiones;
marcha guerrera ó salmos casi inusitados,
salmodiados por labios amenos, cual las oraciones.

Todo el placer esparcido en el ruido;
acordes lejanos que atraviesan como exhalaciones,
los cristales del alma; un tambor oído,
mezclado en la noche con los violones.

¡Embriaguez de chirridos y fiesta de sones!
¡Ay! nada es más triste, cuando se está en casa,
Abrumado por las desazones,
como oír la música que pasa!

XII. DEL SILENCIO (III)

¡Oh silencio de nuestro aposento,
que está adormecido
de sopor y cubierto de sombra,
que sus redes de araña ha tendido,
en los ángulos, en los rincones,
que primero se han obscurecido
donde el ala fugaz de los sueños
da por concluido
su volar de mosquitos de orol. . . .

¡Oh silencio en que se ha ensombrecido
mi alma que se inclina
á sentir como huerfanito
muy sola entre la tarde adolorida,
para rever su pasado como una tumba florida!

Rememora su infancia
el soñador adormecido,
su infancia que se funde en el silencio obscuro,
cuyo vago se mezcla á un más vago fastidio
y le viene la sensación dulce y suprema
de cambiar poco á poco ¡permaneciendo el mismo!.....

Dulzura de este silencio y de no saber
 banalizarse y de estar á punto de creer
 ver en la cámara de la memoria hilos
 de sombra descender y confundirse
 en una mancha negra, en un ovillo:
 como la telaraña donde el ala
 fugaz del sueño da por concluido
 su volar cual de moscas de oro.
 Ya todo se ha extinguido.
 ¡Y ya no se devana ningún sueño!
 ¡Oh dulzor de pensar en lo vago! ¡Oh dulzor de mirar al vacío!....

XIII. CAMPANAS DEL DOMINGO (XV)

En los largos domingos, todas las existencias
 reducidas al triste soñar en lo lejano;
 ancianos que se entregan á las impenitencias,
 y corazones vírgenes en negros celibatos.

Las hortensias color de su semblante
 se marchitan con lentitud en los marcos
 de las vidrieras; su juventud sin amante,
 detrás de ella deshoja sus cuidados.

Lejos el mismo otoño siempre aparente
 cubre estos muebles viejos y marcos desdorados,
 estos espejos donde la claridad pasa doliente;
 ancianos sin placeres de gestos timoratos;
 ancianos con la frente sobre el vidrio apoyada,
 ¡oh vidrio provincial, muerto y siempre cerrado;
 donde sólo se esboza una mitra dorada,
 si la Procesión sale un domingo de Mayo!

Esta es la vida anónima, lúgubre y desolada
 en estos aposentos, sin un bienestar plácido. . . .
 Los cortinones de tela helada,
 son como un gran jardín glacial y solitario.

Madrid, 25 de Mayo de 1906.

Trad. de
 ANDRÉS GONZÁLEZ BLANCO.



"That woman, was the woman."

Arcángel, loba, princesa, lumia, súcubo, estrella!
 Con el espanto de los abismos y la fragancia de los jardines
 Pasas devastadora como una plaga; fatal y bella
 Y en carne urente clavan su huella
 Tus escarpines.....

Blanco sarcófago de tibio mármol y seno obscuro
 Lleno de bálsamos y refulgente de pedrería,
 Arrodillados hasta tu plinto glacial y duro
 Van los amantes para que hieles su amor impuro
 Para que acojas los estertores de su agonía.

El fiero prócer que entró á tu alcoba, salió mendigo
 Pero glorioso y ebrio del vino de tus histerias
 Hoy rumia lirios.....piensa en tu ombligo.....
 Y un sol irradia sobre la noche de sus miserias!

Allá en su celda, habla el demente que enloqueciste
 De tu melena quebrada y bruna
 Y de tu vientre árido, triste
 Y luminoso, como los valles que hay en la luna.....

Cuando bailas sacudiéndote la ropa
 Es tu falda suntuosa, inversa copa
 Que derrama los almizcles y el ardor?
 Y tus largas piernas dentro de las medias tenebrosas
 Surgen de ávidos abismos ó entre jardines de rosas
 Son tentáculos bestiales ó pistilos de una flor?

Cuando bailas y tus piernas entre espumas de batista
 Dejas ver ¡oh Salomé!
 Con un beso entre los labios la cabeza del Bautista
 Cae sangrando hasta tu pie.....

Cuando bailas, inflamada, dislocada, enardecida
 Y agitadas por tus muslos las ropas vienen y van
 En el fondo de esa sirte pone el efebo su vida
 Y tú la absorbes, siniestra, como á la hoja el huracán.....

Qué candor más diamantino que tu crimen y tu incuria?
 Eres pantano y cisterna y oasis y desierto
 Das la muerte sonriendo y el gran Sol de tu Lujuria
 Blanquea las osamentas de los que á tus pies han muerto!
 Inconsciente como un ídolo, eres trágica y fatal
 Y entre flores y cantando como Ofelia,.....vas al mal.

Así brilla en tus miradas un oriente de ternura,
 Un candor, llanto represado de tus ojos en las piedras,
 Claras perlas engastadas en la torpe ojera obscura,
 Ó rocío matutino sobre el cáliz de las hiedras

Por entre rosas y surtidores y propíleos
 Larvas que surcan el alabastro de hundida estatua
 Van por tu carne las caravanas de los deseos
 Tras de una estrella polar que es fósforo de lumbre fátua.

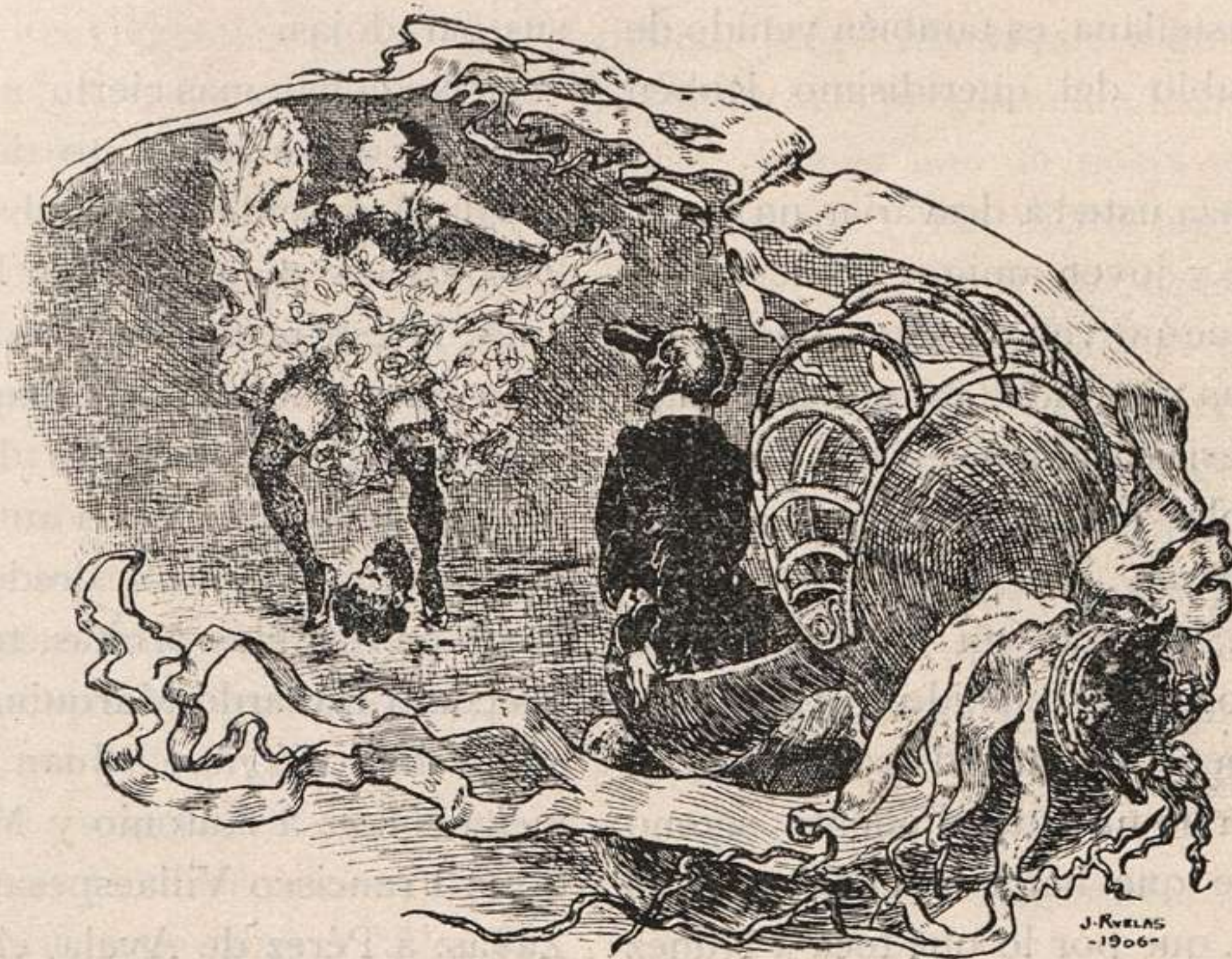
Ó bien tu cuerpo todo desnudo con ansia treme
 Sobre la rada llena de aromas del hondo lecho
 Y cuando partes como la ebúrnea y ágil trirreme
 Al galeote que te tripula dejas que reme
 É hinchas cual vela comba y airada tu blanco pecho.....

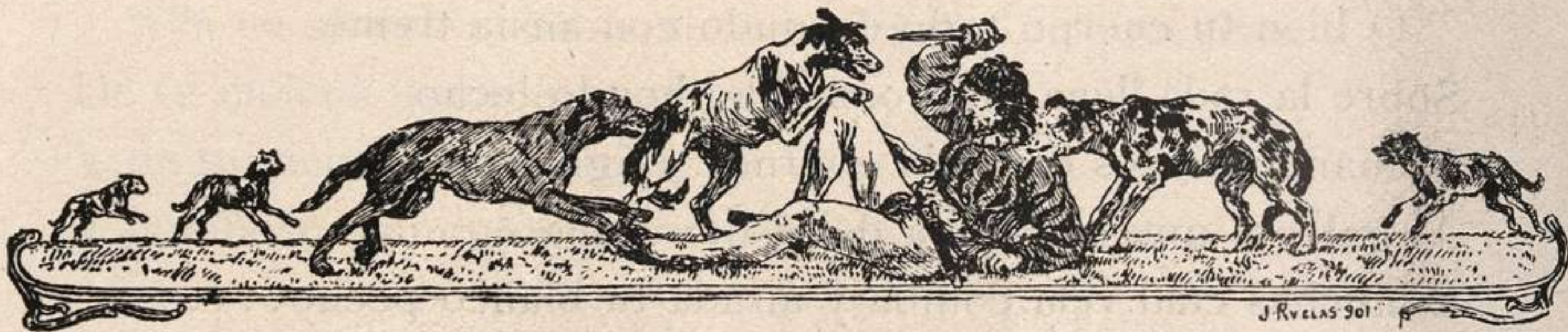
Y tus suspiros y tus sollozos son tempestades
 Por las canciones de las sirenas atravesadas
 Y abres los ojos y se derraman las claridades
 Y abres los labios y soplan brisas embalsamadas!

Tras del periplo llega el esquife
 Al desamparo del arrecife;
 Inertes yacen tus brazos blancos
 Como dos remos de tersa plata
 Y una bandera, tu cabellera, la del pirata
 Tiende su luto sobre tus flancos.....

Sangra en la noche del Desencanto, rojo lucero
 Y desmayando junto al abismo de tus amores
 La caravana llega al osario y al pudridero
 Por entre rosas, y propileos, y surtidores.

JOSÉ JUAN TABLADA.





POETAS

Qué es lo que está usted leyendo con tanta delectación, joven amigo? ¿Cuál es ese pequeño libro que tiene usted entre sus manos?

—Es un libro, querido señor, que se titula *Almas que pasan; últimas prosas de Amado Nervo*.

—¿Amado Nervo? Creo que he visto algunos versos de este señor

—Amado Nervo es, en efecto, un poeta, un gran poeta. Es americano, y note usted que el más alto poeta que existe hoy en lengua castellana, es también venido de América; hablo del queridísimo Rubén Darío.

—Comienza usted á desvariar un poco, mi excelente y joven amigo. Yo le confieso á usted que no veo en estos poetas estas grandezas y maravillas que usted advierte; la poesía castellana está en decadencia lamentable. Desde que Campoamor y Núñez de Arce

—Perdón, perdón, mi buen señor; ya conozco estos viejos plañidos. Ante todo, estos dos poetas que usted acaba de citar, esperan todavía un entendimiento sereno y penetrante que haga la crítica de sus obras; temo, que por lo que toca á Núñez

de Arce, lo hemos de poner en el mismo casillero modesto en que hemos colocado á D. Manuel José Quintana. Y después, en cuanto á la decadencia actual de la poesía, yo le he de decir á usted que no hay tal decadencia, sino que, por el contrario, lo que existe es esplendor, fuerza, apogeo, puesto que nos encontramos en un período de renacimiento poético, como hace siglos no lo ha tenido España.

—Me deja usted un poco estupefacto; yo no sé qué pensar, mi buen amigo, ante sus paradojas.

—Nada hay más cierto, mi excelente señor, que el renacimiento de que hablo á usted. A mi entender, Rubén Darío es un lírico de los que continúan la tradición, la línea, la stirpe maravillosa de los Berceo, Juan Ruiz, Garcilaso, Góngora, Espronceda y Becquer; después de éstos, y por derecho propio, viene el autor de las *Prosas profanas*. Y á su alrededor, ó circulando en distintas órbitas, tenemos á poetas como Eduardo Marquina, autor de las admirables *Elegías*; á Juan R. Jiménez, el melancólico; á Antonio y Manuel Machado; á Francisco Villaespesa; á Antonio de Zayas; á Pérez de Ayala, el primitivo

—¡Basta, basta, joven amigo! Está usted haciendo la apología de los modernistas.

—*Modernista* no significa nada; es un vocablo absurdo; todo escritor, haya vivido en el siglo en que haya vivido, ha sido modernista; un poeta del siglo XIV, era más moderno que otro del XIII; los del siglo XXI, serán más modernos que nosotros.

—Sí, sí; pero estos poetas están todos extranjerizados; no tienen fisonomía propia, inspiración suya. Y luego, las cosas que hacen con la métrica. . . .

—No hay un error semejante á este. En cuanto á las innovaciones métricas, si lo innovado es bello, poético, debemos admitirlo desde luego. ¿Quién ha trazado de antemano la forma y medida que deben tener los versos? ¿Por qué razón vamos á limitarnos á lo ya hecho, y no podremos admitir formas nuevas? Los que crearon las formas viejas, ¿no disponían de una libertad al usarlas? ¿Por qué motivos hemos de creer que esta libertad ha caducado, y no se nos ha de conceder á nosotros? Vicente Espinel hizo una cosa inaudita, estupenda, terrible, en su tiempo; inventó una forma poética nueva —la décima;— es de creer que los viejos poetas de aquel entonces se escandalizaran, se horrorizaran ante este desenfreno. Y sin embargo, hoy este desenfreno de Espinel ha llegado á ser una tradición fundamental, esencial en poesía, y por un viceversa curioso, el verdadero desenfrenado y loco sería, para los viejos poetas actuales, el que atentase contra ella. . . . Y vamos al reproche de extranjerismo: menos fundamento, si cabe, tiene este anatema, que el anterior. Las ideas, como las cosas, no son autóctonas, primeras; todo nace de todo. Suponer que una idea puede ser original, sería introducir en el universo una causa primera, algo no creado; es decir, sería romper la ley de

causalidad universal, concatenación fatal, de determinismo. Y claro está que esto es francamente absurdo. Las ideas nacen de las ideas; la lectura de una página interesante, nos sugiere asociaciones ideológicas que antes no teníamos; todos los literatos saben, que leyendo es precisamente cuando las ideas nuevas acuden á sus cerebros. Y de este modo no es extraño que unas literaturas influyan en otras, y determinen en tal ó tal nación aletargada, estados y movimientos literarios pujantes y desconocidos. La historia nos lo dice así. Y si miramos á la de España, veremos, nosotros los que llamamos extranjeros á nuestros actuales poetas, que cabalmente los más brillantes florecimientos poéticos en nuestra Patria, han surgido á impulsos y bajo la influencia de las literaturas francesa é italiana. La escuela llamada *mester de clerecía*, que se formó en el siglo XIII, y que con tan grandes poetas cuenta, ¿qué es sino «fruto del elemento intelectual afrancesado,» como dice Rafael Altamira en su *Historia de la civilización española?* Y luego, más tarde, en el siglo XV, ¿no se produce otro maravilloso renacimiento poético, iniciado por Micer Francisco Imperial, en que figuran Juan de Mena, Santillana, Jorge Manrique, y que se debe á «la influencia propiamente italiana?» Garcilaso, ¿qué es sino un poeta afrancesado é italianizado? ¿Ha dicho alguno de los poetas del día *guarir* por *curar*, y *varletes* por *criados*, como él dice en sus poemas? ¿A quién debe Espronceda su inspiración? ¿Dónde están los orígenes del estro de Becquer? Convengamos, mi querido señor, en que siempre ha sucedido lo que ahora sucede; en que en todos los siglos han existido vitandos modernistas, y en que sucederá siempre del mismo modo.

—Es posible.

—Puede usted asegurarlo.

AZORIN,

(De A. B. C.),



Cabecita holandesa. Pastel de Ramos Martínez. Paris, 1906.



EN EL PAIS DE LOS LAGOS

I.—En las cimas.

Paisaje panorámico de las abruptas cimas,
la rielante y lejana constelación de lagos
despliega ante mis ojos encantamientos magos
y hace que sueñe en otros encantadores climas.

Acude á mi conjuro la parvada de rimas
y se abate en mi tedio de profundos estragos,
y arrebatada á mi espíritu de sus delirios vagos
y lo encumbra á tus aras para que lo redimas,

oh Amor! Y en el paisaje vaporoso y risueño
surge una virgen árabe de bellos ojos moros,
de cejas orientales y cabello sedoso;

y pasa de los lagos por los rielantes oros,
tras lejanos cipreses, cual bajo sicomoros
la sultana Moraima de Boabdil en el sueño!



II. -- En Pátzcuaro.

Me parece, en las tardes brumosas y doradas,
 al vagar por las grises, muzárabes callejas,
 ver cadenciosamente, oh España que te alejas,
 mecer brazos que arrancan de mantillas bordadas.

Las guitarras susurran tristes y enamoradas,
 y los ayes exhalan inacabables quejas,
 y bajo un haz purpúreo de claveles, dos cejas,
 al mirarme dos ojos, pliéganse apasionadas!

Y un estremecimiento de placer y de angustia
 por mi dorso en relámpago serpeador culebrea
 ¿quién es esta andaluza, bayadera ó almea?

Y fatigado y triste doblo la frente mustia,
 pues la visión errante se desvanece vana
 y exhalo en un suspiro el bello nombre de Ana!



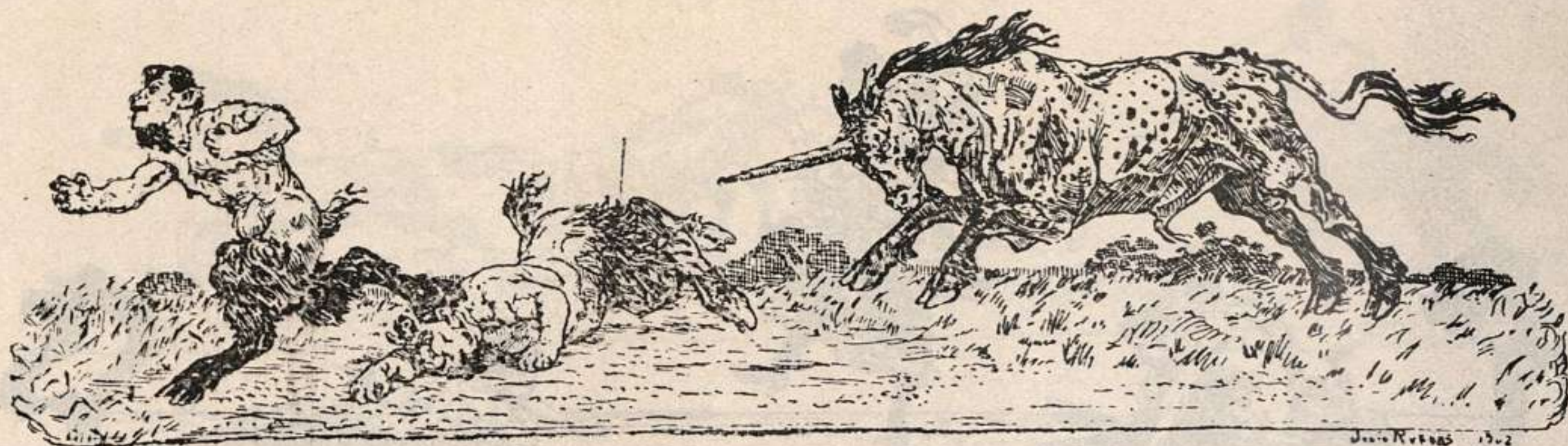
III.—En Tzintzuntzan.

Bajo el derrumbamiento de las yácatas muertas
 en sudario de flores de Tzintzuntzan que duerme
 el sueño de sus dioses, viene un sueño á mecirme
 contemplando las vegas floridas y desiertas.....

Aquí rosas humanas dieron su olor abiertas....
 aquí cayó el rey indio temeroso é inerme
 ante el Centauro hispano.... y surge á entristecerme
 el prelude sinfónico de las aves despiertas.

Y en el paisaje de oro de la alborada lívida,
 la estrella matutina rutila limpia y vívida,
 y su fulgor de prisma de áureo cristal de roca

rasga una pincelada de nube que empurpura
 la aurora en el relámpago de argentina blancura
 que brilla, al reir Ana, en su entreabierta boca!



IV.—En el lago Pátzcuaro.

El barquichuelo boga bajo un haz de luz flava
y esplendorosamente cintila el agua blonda,
y una canción de Procida pescadora, "*Sull'onda*,"
en mi espíritu vierte una erupción de lava!

Porque sueño que viene de la isla de Java,
con suave y enigmática sonrisa de Gioconda
y en un junco que deja las aguas de la Sonda,
una reina tan bella cual la reina de Saba.

Cuando la prora lírica huye mi barquichuelo
que pasa velozmente en natatorio vuelo,
el séquito amoroso de princesas de amor

se asoma para ver al extranjero errante.
y él yace moribundo, porque vió un breve instante
que eran los ojos de Ana los de la reina en flor!



J. RVELAS '901

V.—En el lago Pátzcuaro.

El lago está nevado en suave azul cobalto,
 los esquenantos bordan suave tapiz de fresa,
 y en la suntuosa góndola viene la Dogaresa
 en el paisaje véneto por el Canal del Rialto.

Los nenúfares flotan como flores de asfalto,
 y el agua rutilante de la góndola besa
 la quilla, donde boga como en un corset presa
 la flor de carne blanca... Y en mi espíritu esmalto

su criselefantina imperial hermosura,
 la transparencia nítida de sus pupilas de ámbar...
 y mis ojos arroba una ideal blancura:

la breve mano exangüe como la de Ana bella,
 se digna saludarme... Y la visión destella,
 pasa, y deja un aroma letal de liquidámbar.....



VI.—En el lago Pátzcuaro.

Sus voces armoniosas, de las aguas violetas
 en la noche de tenues cintilamientos de oro,
 emergen cadenciosas las ondinas en coro,
 y al plenilunio rielan sus doradas aletas.

Hago virar mi prora á las verdes isletas
 donde dan las traidoras de su voz el tesoro,
 y el canto huye y se quiebra en el lago sonoro
 y mi barquilla cruje de la sirte en las grietas.....

Y de pronto me siento trasportado en los brazos
 de una ondina, á una gruta de coral y de liquen;
 y para que mi bello ensueño magnifiquen,

mientras que me acarician sus suaves aletazos,
 en cadenas de nardos floridos prisionero,
 al beso de una boca de amor sueño que muero!

RUBÉN M. CAMPOS.

(Del Libro de Ana.)

EXPOSICION MEXICANA EN PARIS.



Estatuitas y busto de Nava.



Un ángulo del Salón



LOS AMANTES SUBLIMES

LA CASA DE JULIETA.

Verona, 1905.

Verona podría ser la Meca del amor inverosímil. Del amor que no se licúa en el crisol de cada nueva primavera, que resiste al corrosivo de las vulgares desventuras, que se proyecta en el tiempo como una sombra en la pradera: más grande, cuánto más lejana. Toda colina parece allí un Himeto. El Adigio corre sereno; el ogro de Verona semeja, junto á él, una helénica landa lamida por el Iliso ó el Cifiso. El murmullo del río suena á melopea; en el traspie que da sobre cada breña, despierta una leve murmuración amorosa: voces de jóvenes, traídas desde antiguas fuentes que rompen la piedra allá lejos, entre verdores lozanos. Y en las voces dialogan invisibles ninfas y centauros, ebrios de pasión, ocultos en el misterio de boscajes estremecidos por su amor.

En cada ciudad presentimos un alma y un paisaje propicios á nuestros recuerdos; el alma de una virtud ó de un vicio, de un amor ó de un odio, aleteando en el marco obligado de cierto panorama convencional. Al acercarnos á Verona, creemos divisar una serie de mansiones medioevales: en cada una el balcón de hierro laboriosamente

batido; en cada hierro una maceta con lánguidos jazmines, y pendiente la fina escala de seda; en cada escala un Romeo pálido de emoción, y en lo alto, ojerosa de amor, tendidos los brazos hacia el amante, una Julieta ideal. No concebimos otra Verona.

La encontramos silenciosa, apoyada sobre el Adigio; diríase una joven nostálgica sobre una balaustrada proficua de recuerdos. Porque Verona es así, como las niñas aristocráticas, que al caer en mala fortuna conservan la finura del perfil, la distinción del gesto, la exquisitez de su buen gusto. Es una violeta sentimental, un tanto ajada; es el manuscrito precioso de una novela trunca; es el refugio de princesas destronadas que aún sonríen á sus admiradores fieles. Pero, ante todo, y sobre todo, Verona es un estuche venusino, el estuche único de dos corazones únicos: los corazones de Romeo y de Julieta.

La ciudad luce otras reminiscencias. Allí dominó Teodorico el Grande, y fué podestá Martín Escaligero. Es más célebre uno de sus descendientes, Bartolomé, bastándole para ello haber acogido á Dante, proscrito de Florencia. Y Dante vive todavía en el

mármol, en la «Plaza de los Señores;» al irse el día, se levanta como una gran sombra pensativa, vagando en el crepúsculo, y parece que mil ideas están revoloteando sobre su frente como una guirnalda de aguiluchos sin nidos. Además de Cátulo Vitrubio y Plinio el Joven, conocieron allí la línea, la luz y el color, sus hijos ilustres Víctor Pisano y Pablo Veronese. El viajero se arrodilla ante el mármol de Dante y pasa; los otros no incomodan su recuerdo. La historia de la ciudad, es la historia de sus amantes; en toda alma despiertan ó resucitan, allí, romanticismos dormidos pero inmortales.

Existieron las familias hostiles, Capuletos y Montequios; Dante nos lo repite en su «Purgatorio.» Es verosímil que sus hijos se amaran. La novela del conde Luis de Porto es creíble en casi todas sus partes; Mateo Bandello la incluye en su interesante colección, y de allí la tomó Boisteau para su arreglo francés. La leyenda tiene en su favor el valioso testimonio histórico de Jerónimo della Corte.

La imaginación de innumerables artistas ha eternizado, más tarde, el trágico episodio de los amantes sublimes. Shakespeare, que dió sangre y alma italianas á tantos de sus personajes, resolvió inmortalizarlo en su drama admirable; otro inglés, Arturo Brooke, gastó el tema en una obra mediocre. En Francia, después de Boisteau, ha inspirado varios cuentos y novelas, hasta la reciente de Clement Rogel, y las dos mil páginas montepinescas de Cardoze. En Alemania escribió Veisse una tragedia. En España son conocidos, un drama de Lope de Vega, y una tragedia de Rojas. Pero es en Italia donde la leyenda veronesa ha inspirado una literatura más vasta; hay tragedias de Scévola, Leoni, Palli, Concenza, Ventignano; varios poemas, entre los cuales merece leerse el de Teresa Albarelli; un libro crítico de Julio Leati; un interesante capítulo de Chiarini, en sus profundos estudios shakespearianos. Es cuanto pudimos averiguar en las bibliotecas de Verona, de Roma y de París.

En las bibliotecas musicales de Milán y de la Ópera de París, encontramos 11 dramas líricos sobre esta amorosa desventura; los firman, por orden cronológico, Benda, Schwanberg, Rumling, Dalayrac, Steibelt, Zingarelli, Guglielmi, Vaccai, Bellini, Marchetti y Gounod. Solamente la ópera de este último sobrevivió á su autor; á poco que agucemos la memoria, nos arrullarán sus ofrendas líricas esparcidas sobre el poema.

El viajero que llega á Verona, busca los testimonios materiales de tanta remembranza artística, busca la casa y la tumba de Julieta.

En un callejón parece que aún podrían querellarse los valientes de ambas progenies; al anochecer, diríase que vagan rondas de enmascarados, y que Tybalt va á clavar su acero, otra vez, en el pecho de Mercutio; allí se derruye el antiguo convento de franciscanos, en el «Vicolo San Francesco al Corso.» Hay una capilla lamentable; luego cierta habitación que es indigna parodia de una cripta, y allí un mal sarcófago medioeval: eso es la tumba de Julieta.

No falta el holocausto de tontería volcado allí por algunas románticas londinenses: coronas, tarjetas, versos. ¡Paciencia! A lo sumo, deberían admitirse sobre el sarcófago, guirnaldas de jazmines; como visitadoras, mujeres con caras tiernas del Beato Angélico y de Botticelli, con bustos ceñidos por blancas túnicas; y en el ambiente, plegarias armoniosas, amorosas, deliciosas. Ese sería el marco evocador, para honrar el poema con dulce melancolía, musicalmente. ¿Sacerdotisas para ese rito? Habría que recurrir á las tres gracias — tres, como un trébol de amorosa carne. — ¿Aglaia? ¿Eufrosina? ¿Talía? ¿Cuál de ellas negara el homenaje de su Belleza y de su Silencio para convertirse en Vestal de este fuego sagrado del Amor?

Fuimos á resarcirnos de esa decepción en la «Vía Cappello,» donde se conserva la casa habitada por Julieta, la casa de los Capuletos. El edificio, físicamente, no importa. La fantasía suple las ausencias de la realidad. Bajo uno de esos balcones languideció

de amor Romeo Montequio; de esos hierros dichosos pendió por cien noches consecutivas la escala por donde trepó su pie ágil; allí mismo el plenilunio de una media noche estival, envolvió en el tierno abrazo de su palidez tranquila, el primer beso de las bocas ardientes, cómplice mudo.

Cuando pisamos el umbral de la casa, una amable noticia la hermoseó: el consejo municipal de Verona acaba de comprarla por 14,000 francos, convirtiéndola en paraje de peregrinación universal. Esta compra, tan delicada y artística á la vez, lo honra mucho, por cierto; no acostumbran tales cosas las municipalidades modernas. Verdad es que Verona es ciudad italiana; en esta dulce península de Laura y de Beatriz, aún no se ha apagado el culto del amor, del arte y la belleza. El consejo municipal obró cuerdamente al no discutir la autenticidad total de la tragedia galante. Romeo y Julieta existen ahora, aunque nunca hubiesen vivido; existen como símbolo perenne del amor incontrastable, del amor que pasa sobre todos los obstáculos, del amor que desafía la vida y la muerte. Tal como el Alighiero nos dice del amor de Paolo y de Francesca:

Amor, che al cor gentil ratto s'apprende.....
Amor, che a nullo amato amar perdona.....
Amor condusse noi ad una morte.....

* * *

Cuando sobre Verona anocheció, sentimos un deseo irresistible de evocar la historia. Muchos la conocen al través del drama shakespearino. Es más ingenua en la primitiva novela del conde Da Porto, dedicada por éste á Lucinia Savorgorana, nobilísima señora. Cada cual puede contarla á su manera, y nosotros á la nuestra, aunque prefiriendo mantenernos fieles á la tradición inicial.

En tiempos de Bartolomé della Scala, una tregua amenguó el odio que acibaraba los corazones de Montequios y Capuletos. Dió Messer Antonio, de estos últimos, varias fiestas. Siguiendo á una hermosa que lo afligía con sus desdenes, concurrió á una de

ellas un joven de los Montequios, apuesto garzón, de elegancia perfecta. La única hija de los Capuletos prendóse de su belleza y de su tristura, viéndolo apartado por las crueldades de una pasión incierta. Cuando cruzaron sus miradas, Julieta ya le pertenecía. El azar de un baile figurado los reunió. Julieta daba su otra mano al joven Marcuccio, que tenía las propias siempre heladas, en Julio como en Enero. Entonces Romeo oyó una dulce voz:—¡Bendita sea vuestra presencia, señor Romeo!

Y el joven, maravillado al oirla, replicó:—¿Por qué podriais bendecir mi llegada?

Y ella:—¡Sí! Bendita vuestra presencia á mi lado, pues así mantendréis en dulce calor mi mano izquierda, mientras se hiela mi derecha.

Y él, osando más:—¡Si con la mía caliente vuestra mano, con vuestros bellos ojos me quemáis el corazón!

Ella, con una sonrisa y temiendo llamar la atención por tan largo diálogo:—Romeo, os juro sobre mi fe que ningún rostro me parece aquí tan bello como el vuestro.

Y él, ya perdidamente conquistado:—No obstante ser quien soy, si no os disgusta, seré eternamente el fiel servidor de vuestra belleza.

Envidiable aventura; ya no ocurre á ningún Romeo contemporáneo.

Una vez más fueron las manos el indisoluble nudo amoroso. Siempre las manos. Así las transparentes de Cleopatra, tenazas de corazones; las manos de Mimí, que buscan en la obscuridad, como dos mariposas ciegas; pulpos de voluptuosidad, las manos embriagadoras de Manón y las satánicas de la Montespán; las manos inciertas de madame Bovary hablan á la ilusión antes que el labio, antes que el corazón mismo: las ingenuas de mil Virginias y Lucrecias, las soñadoras de mil Ofelias y Julietas, todas encendidas de amor, por la fiebre de las manos. ¿Recordáis la galante quarteta de Voltaire á las manos incomparables de la Pompadour? Tuvo razón Gabriel D'Annunzio al resumir en las de su «Gioconda» toda la poesía de la belleza y del amor. . . .

*
**

El odio tradicional de sus familias, como el espíritu del mal en las tragedias griegas, se atravesaba obstinadamente entre los dos corazones. Mas Julieta, gustando pensar en la buena, antes que en la mala ventura, supuso que podría consentirse el enlace para sellar la paz de ambas familias, ya en tregua.

Romeo pasaba innumerables noches al pie del balcón, atisbando el más leve suspiro, durmiendo muchas veces en la calle misma. Enternecida Erato por la constancia del amante, dejó á sus ocho hermanas y vino en su ayuda, aconsejando á Julieta. Esta abrió una noche su ventana y lo divisó.

—¿Qué hacéis?

—Obedezco á mi amor.

—¿Y si os vieran? Corréis peligro.

—Sí, mi señora. Yo podría morir aquí; y moriría, seguramente, alguna noche, si antes que la muerte no viniese en mi ayuda vuestro amor. En cualquiera otra parte estoy tan cerca de la muerte como aquí. Dejadme al menos morir en este sitio, junto á vuestra persona, como sería mi dicha vivir, si pluguiera al cielo y á vos.

Un minuto después la luna envolvía sus cuerpos y se insinuaba tenuemente en sus almas, como una etérea solución de perlas finas. Sólo el antiguo odio desleía un reflejo escarlata en torno de ambos; su amor sentía ese reflejo triste, la tristeza del obstáculo. Y las estrellas, en su titilación silenciosa, parecían lágrimas adamantinas del llanto infinito con que la noche comprendía su angustia. Cada estrella, una gota.

Se dieron el primer beso. Quien lo haya dado, sabe que la primera vez el amor tiembla timidamente sobre los labios, como la mañana primaveral cuando asoma sobre las colinas. La tibia humedad del primero que amanece entre los cuatro labios temblorosos —prolongado, insistente, interminable,— tiene sabor á miel hime-ta y descende como un filtro hasta los corazones. ¿No es más poderoso que el

ofrecido por Brangania á Isolda y á Tristán en el tempestuoso poema wagneriano?

Sobre el balcón y bajo la luna hablaron muchas veces todavía, volcando sus labios recíprocos, como dos ánforas inagotables, desbordantes de besos, infinitas.

Llegó el invierno crudo, y Romeo intentó conmoverla con el espectáculo de su juventud marchitada por noches y noches de intemperie. ¿Por qué no lo recibía en su alcoba? Al punto se indignó Julieta y amonestó la audacia; mas lo hizo adelantando las salvedades nupciales del caso, pues era entonces costumbre tender la dulce red, lo mismo que ahora. Romeo no ansiaba otra cosa. Pocos días después se desposaron ante fray Lorenzo, gran filósofo y experimentador de cosas naturales y mágicas. Fueron esposos en secreto y paladearon á hurtadillas las delicias del amor, esperando que el tiempo sugiriese un medio para enternecer al viejo Capuleto.

Alguien envidió su felicidad excesiva. De pronto, sin causa explícita, renacieron las querellas. Capuletos y Montequios se atacaron un día, en pleno Corso. Romeo no daba golpe, recordando que los adversarios tenían sangre de su amada. Al fin, cuando muchos de los suyos habían caído ya, corrió sobre Tebaldo, el más procaz, y de un solo golpe le dió muerte. La justicia lo desterró de Verona á perpetuidad. Antes de irse, gracias á fray Lorenzo, los amantes tuvieron en el monasterio su última entrevista, separándose de cuerpos, ya que de almas era imposible.

Julieta lloraba noche y día. No se equivoca el ingenuo cantar de los pastores gallos:

Plaisir d'amour ne dure qu'un moment,
Chagrin d'amour dure toute la vie.

La madre no consiguió arrancarle el secreto de tanta pena: un día dijo á Messer Antonio, que tal vez fuese íntimo deseo de casarse.

—Convendría buscarle un marido. Pronto tendrá diez y ocho años; después de esa edad, las niñas pierden más que ganan en belleza.

El buen padre asintió. Fueron vanas las protestas de Julieta. Desesperada, pidió confesarse, para ver á fray Lorenzo. Recordó al franciscano sus poderes milagrosos; era la ocasión de probarlos, dándole un veneno ó resolviendo el grave caso.

Después de mil vacilaciones, cariñosamente le habló así: No te daré veneno, hija amadísima. Sería pecado verte morir tan joven y tan bella. Si tienes el valor de hacer lo que te propongo, yo te conduciré junto á Romeo, para siempre. Escucha. La tumba de los Capuletos está fuera de esta iglesia, en nuestro cementerio. Te daré cierto polvo que produce un sueño de cuarenta y ocho horas; te creerán muerta; serás enterrada. Yo iré á buscarte, quedarás oculta en mi celda algún tiempo y después te llevaré á Mantua, donde Romeo te espera.

Ella aceptó; fray Lorenzo se encargó de comunicar el plan al amante proscrito.

Poco después, una noche Julieta sorbió los polvos y se durmió con todas las apariencias de la muerte. Verona entera compartió la desolación de su familia, y el sepelio fué solemne, fastuoso.

Un siervo fiel de los amantes, ignorando el secreto, voló á Mantua para llorar con Romeo la desventura. La carta de fray Lorenzo no había llegado aún. Romeo, enloquecido por el dolor, juzgó inútil, imposible, sobrevivir. Vistió un disfraz de aldeano y echó en su bolsillo una ampolla de cierto veneno infalible. Si lo tomaban, moriría á manos de la justicia; si llegaba á Verona, se encerraría en la misma tumba de su amada y moriría allí, junto á ella, inseparablemente. Dos noches después de enterrada Julieta, llegó á Verona; fué hacia el monasterio y dió con la sepultura. Levantó la loza y entró. A la luz de su linterna ciega, vió á Julieta en su ataúd, rodeada por sus enemigos y por su propia víctima. ¡Nunca sus ojos la vieron más bella!

—¡Ojos que fuisteis la clara luz de los míos, mientras plugo al cielo! ¡Boca que he besado mil veces, dulcemente, como la abeja sorbe el polen de los cálices predilec-

tos! ¡Seno delicioso, refugio único de mi adoración y mi ternura! ¡Cuán ciegos, mudos y helados estáis! ¡Cómo podré ver, hablar y vivir sin vosotros!

Y entretanto, esparcía sus besos en los ojos, en la boca, sobre todo el cuerpo divino de Julieta, con la garganta ahogada por los sollozos y las pupilas ciegas de lágrimas. Desolado, sorbió el contenido de la ampolla, y abrazando á Julieta contra su seno, esperó la muerte.

Cuando cesó la acción de los polvos, ella volvió en sí, encontrándose, espantada, entre dos brazos humanos. Una voz, llena de espanto á su vez, le dijo que era Romeo; la voz parecía salir de un sepulcro. Ella le refirió el plan. El no había recibido la carta de fray Lorenzo, y por eso estaba allí, á su lado. Mientras ella le hablaba, él fué palideciendo y comenzó á morir, cadenciosamente, entre los brazos de su amada; la vida huía lentamente de su cuerpo como el perfume de un naranjo en flor.

Cuando llegó fray Lorenzo, ella le pidió que la dejase morir sobre Romeo y le guardase absoluto secreto.

Después se descubrió lo ocurrido. Abrieron el ataúd y encontraron á los dos amantes unidos en un abrazo eterno. Bartolomé della Scala, impresionado, quiso ver sus despojos. Los padres de ambos vinieron á llorar sobre sus hijos muertos; vencidos por la piedad, olvidaron su odio y se abrazaron efusivamente. Así terminó la enemistad que no habían podido apagar los ruegos de los amigos, ni las amenazas de los señores, ni las vidas de jóvenes valientes, ni el tiempo mismo.

Más que todo pudo el amor. Incontrastablemente.

*
* *

Desde entonces, después de la hora en que el véspero luce, las sombras trágicas de los sublimes amantes parecen despertar, inconscientes, eternas, pasearse por las calles de Verona y llegarse hasta el balcón, poblado ahora por sus más caros ensueños, rev

viendo las horas felices. Y la casa de Julieta parece en las noches de luna un templo imaginario; y sale de sus ventanas un perfume hierático extraño, como si fieles esclavas de Bitinia ó de Frigia agitaran incensarios de amor; y se oyen palpitaciones, calofríos, anhelos, como si un enjambre de impolutas vestales se estremeciera por el vigoroso abrazo de faunos robustos. ¿Comprendéis, ahora, cuánta gentileza cabe en la decisión del Consejo Municipal, asegurando la conservación de esa casa donde todas las noches parece que dos sombras se acribillan á besos?

¿Vulgaridad?

De ninguna manera. Vulgaridad es lo propio del vulgo. El vulgo ya no es la denominación de una clase social; hay vulgo en todas partes, entre el oro y la púrpura lo mismo que entre la escoria. La vulgaridad equivale, en el alma, á los defectos físicos, á la cojera, al estrabismo; es una deficiencia del corazón, es la incapacidad de ideal, es todo lo inestético, la grosería, la sordidez. Cabe, empero, un distingo: no basta ser grosero para ser vulgar. Hay temperamentos groseros que no son vulgares. Ciertos actos, con ser de una grosería absoluta, resultan épicos, poéticos, ideales. Cuando Cambronne, invitado por el enemigo á rendirse, responde su palabra memorable, se eleva á una altura homérica, su vulgaridad es sublime. Es la intención lo que ennoblece el acto, lo eleva, lo idealiza; y es la intención, en otros casos, lo que produce la vulgaridad.

¿Cabe mayor respeto del ideal, más nobleza de intenciones, más finura de sentimientos en la resolución del Consejo de Verona? Los «vulgares» son otros, son los miles de plebeyos que han criticado la adquisición, fundándose en que el dinero así empleado no reporta beneficios materiales. Ese criterio es de cartagineses, no de latinos; y Verona tiene «gentil sangre latina.» Casi podría preferirse el criterio del sibarita que considera vulgar y despreciable en sí misma toda satisfacción material, sólo juzgando digno lo superfluo que la exorna,

lo que sonríe al buen gusto, lo que trae un perfume de refinamiento. Aumentemos la parte de la inteligencia ó del corazón y amengüemos la omnipotencia de los sentidos torpes; recordemos que en toda larva puede soñar una mariposa. La vida puede ser intensa y conservarse digna; encresparse de pasión, tempestuosamente, sin que la ira enturbie las aguas cristalinas de la ola. La intención es todo; en la intención debemos poner el ideal, como en un tabernáculo. Por eso la vulgaridad no está en la satisfacción material misma, sino en la intención chata que la acompaña. Ser vulgar es encanallarse, diría Nietzsche. Es renunciar al respeto de sí mismo, es fundirse en el molde de la bajeza común, es «la degeneración del hombre en su semejante, en el común de los mortales, en el mediocre, en el animal de rebaño.»

La historia de Julieta y Romeo es la negación de la vulgaridad. El amor vulgar es otro:

«Tant que cette eau coulera dancement,
l'eau du ruisseau qui borde la prairie,
je t'aimerai,» me repetait Sylvie.
L'eau coule encore. Elle a changé pourtant!

Esa quarteta resume el cruel breviario del amor contemporáneo, inconstante como la ola y como la nube, tal cual lo observamos por millares de casos en torno nuestro. El amor ideal es el de Julieta, solamente comparable con el de Romeo, «fuerte como la muerte.»

Sólo un ideal cualquiera nos libra de la vulgaridad, de esa hidra que ofende todo lo que alcanzan sus tentáculos. Ella hace del arte un oficio, de la virtud una empresa, de la ciencia un negocio, de la caridad una fiesta, del amor un sensualismo. Transforma el amor de la vida en pusilanimidad, la prudencia en cobardía, el respeto en servilismo. Lleva á la ostentación, á la avaricia, á la avidez, á la falsedad, á la simulación. Detrás del hombre asoma la bestia, y estira su garra, la bestia salvaje que sólo siente el hambre de sus instintos y sólo aspira al hartazgo.

Emancipar al amor de la vulgaridad, es, pues, una obra de educación de los sentimientos, finamente intelectual, gentilísima. Todas las ciudades, como Verona, deberían tener su casa de amantes sublimes, para que peregrinasen á ella los jóvenes en edad de soñar y de amar. La historia de esos «amantes representativos» —con licencia de Emerson,— narrada por Da Porto, dramatizada por Shakespeare, musicalizada por Bellini y Gounod, sería más benéfica, para la educación de las jóvenes modernas, que las novelas de Safos y Afroditas devoradas hoy por las esposas futuras.

Podría hacerse más. En las plazas públicas, en los parques tranquilos y solitarios, propicios para que paseen sus ilusiones los enamorados, podrían colocarse estatuas que perpetuasen el recuerdo y el culto de los amantes célebres. ¡Hay tantos de tiranos que oprimieron mucho, de militares que mataron mucho! ¿Por qué la posteridad no debe honrar á los amantes que amaron mu-

cho? ¿Amar es menos humano que oprimir, matar, enredar ó estorbar?

Ha poco tiempo, en el estudio del escultor Rodín, en Bellevue, hemos visto un grupo de Romeo y Julieta, casi terminado. Ella está vestida escasamente, envuelta en esos velos pesados que el insigne modelador aligera con su genio. Romeo tiene asida su mano, la lleva sobre sus labios, entre las dos caras juntas, tan cerca, que besa á un tiempo mismo los labios y la mano. Están fundidas toda la emoción del primer beso que se da á la prometida y toda la satisfacción del primer beso que se recibe de la esposa. No es posible pedir á la glacial solemnidad del mármol nada más casto y más voluptuoso al mismo tiempo: el paroxismo sentimental y el abismo amoroso. . . .

¿Cuál será la ciudad que cuente, entre sus millonarios, uno capaz de adquirir esa obra y de regalarla para que sirva de lección en la más hermosa de sus plazas?

JOSÉ INGEGNIEROS.





HOMENAJE

Al maestro Julián Carrillo.

Al frente de la orquesta, en el proscenio,
en la onda de fraques y de encajes,
al desatar del mar los oleajes,
no eres un hombre ya, eres un genio!

La musa, presurosa á tu llamado,
anza hacia ti sus rápidos corceles;
y á tus pies arrojando sus laureles,
con sus mirtos te deja coronado.

Tú, irónico, sin dolos y sin quejas,
como en el prado placentera brisa,

dulcemente le envías tu sonrisa
Son cosas muy crueles, pero viejas.

Yo que la nueva música idolatro,
al mirar cómo un público exigente,
crema de lo escogido de la gente,
te aclama, enloquecido, en el teatro,

con mis lágrimas todas en los ojos,
al ver cómo dominas á la bestia,
recuerdo tu valer y tu modestia,
y de tu vida todos los abrojos.

JESÚS E. VALENZUELA,

JESUS F. CONTRERAS



El mes de Julio nos trajo una fecha luctuosa á los redactores de la "Revista Moderna de México:" el fallecimiento de nuestro inolvidable amigo, el escultor Contreras. Todo México pudo apreciar su hermosa figura, su alto talento, su noble corazón, y el duelo por su muerte en esta vieja ciudad puede decirse que fué general.

Nosotros, en este tercer aniversario de acontecimiento tan doloroso, le dedicamos el más cariñoso recuerdo.

MANUEL CUEVAS Y RUBIO

Con la más profunda pena hemos recibido la siguiente esquela de defunción:

Hoy, á las 11 y 30 a m., falleció en el seno de la Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana, el Sr. D. Manuel Cuevas y Rubio.

Sus hijos, hermanos, hermanos políticos y demás parientes, lo participan á Ud. con el más profundo dolor, y le suplican ruegue á Dios Nuestro Señor por el eterno descanso del alma del finado.

México, Junio 28 de 1906.



Desde nuestra juventud, tratamos íntimamente al caballeroso Manuel. Su cultura, su franqueza, su generosidad, sus innumerables cualidades, siempre fueron altamente apreciadas por sus numerosas relaciones; y hoy, al sentir á nuestro lado el vacío que deja su eterna ausencia, con el corazón adolorido, le dedicamos devotamente este recuerdo con el alma oprimida por el más sincero dolor. R. I. P.

J. E. V.



Etrén Rebolledo.



SOBRE BRONCE

¿Cómo quieres que te borre de mi vida
Si en tus brazos muchas veces fuí feliz?
Si muy grande y muy profunda fué la herida,
¿Cómo quieres que no deje cicatriz?

En tu labio de sensual color bermejo
Bebí el vino del deleite hasta la hez;
En mi boca aún se conserva el dulce deajo,
Aún anubla mi cerebro la embriaguez.

Cuál recuerdo la penumbra tibia y grata
Do besaba con transportes el albor
De tu cuello que emergía de tu bata
Como el diáfano pistilo de una flor.

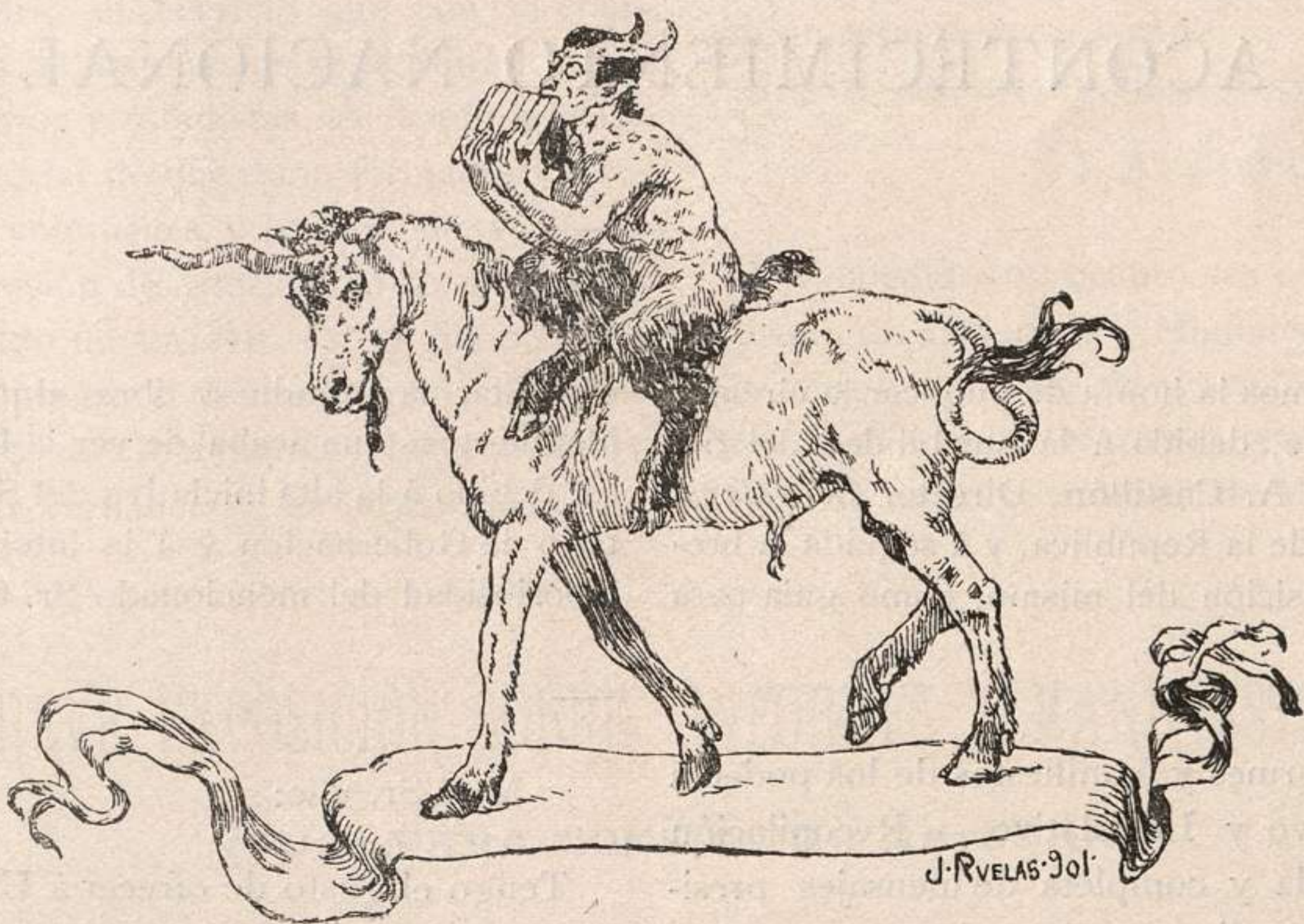
Aún me causa sensación perturbadora
La caricia electrizada de tu pie;
Aún me inquieta tu mirada tentadora
Donde danzan los espíritus del te.

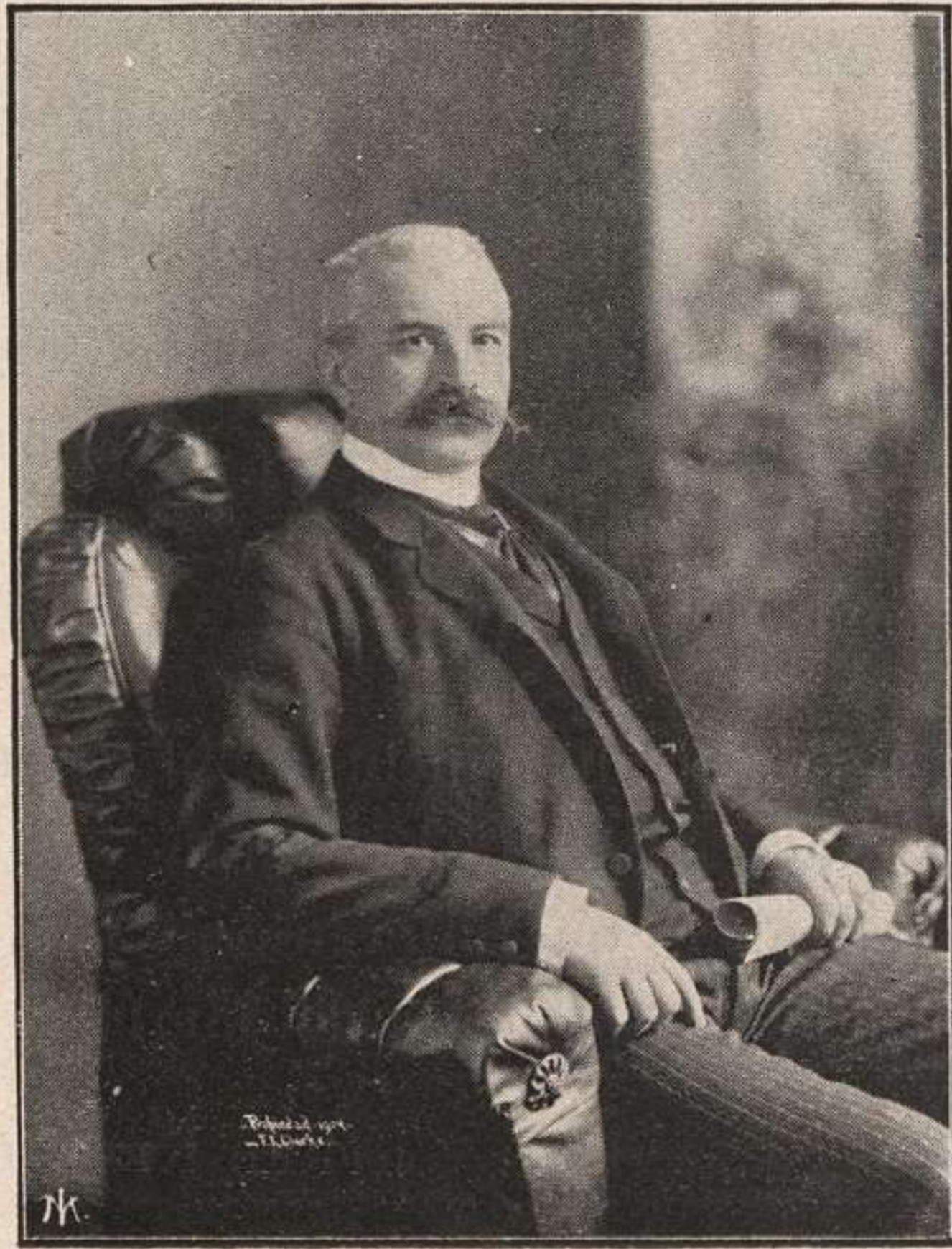
En mí dura la memoria del pasado
Como queda en la epidermis la señal
Que estiletes puntiagudos han marcado
Ó la huella del diamante en un cristal.

De tus ojos aún mis ojos están llenos,
Y mi mano como un molde guarda fiel,
El contorno de las curvas de tus senos
Y el contacto voluptuoso de tu piel.

Y en mis noches tenebrosas se destaca
Tu desnudo y escultórico perfil,
De igual modo que en el luto de una laca
Resplandece la blancura del marfil.

EFRÉN REBOLLEDO.





Señor Don Ramón Corral, Secretario de Estado y del Despacho de Gobernación.

ACONTECIMIENTO NACIONAL

Tenemos la honra de publicar la circular siguiente, debida á la amabilidad del Sr. D. José A. Castellón, Director del *Diario Oficial* de la República, y á seguida la breve exposición del mismo, como guía para

consultar la grandiosa obra «Informes y Manifiestos» que acaba de ver la luz pública, debido á la alta iniciativa del Sr. Secretario de Gobernación y á la inteligencia y laboriosidad del mencionado Sr. Castellón.

«Informes y manifiestos de los poderes Ejecutivo y Legislativo. — Recopilación ordenada y completa de mensajes presidenciales, discursos, proclamas, manifiestos, etc.—Desde 1821 hasta 1904.—México, Julio 3 de 1906.»—Sr. D. Jesús E. Valenzuela, Director de la «Revista Moderna de México.»

Muy Sr. mío:

Tengo el gusto de ofrecer á Ud., como persona ilustrada y anhelosa de conocer lo que de importancia se publique en el país, una recopilación de informes ó mensajes de Encargados del Poder Ejecutivo, contestaciones que á aquéllos dieron los

Presidentes de cuerpos legislativos, y manifiestos y proclamas de los Jefes del Estado y asambleas parlamentarias, en lo que ha transcurrido desde la consumación de la independencia nacional hasta 1904.

La obra consta de 3 volúmenes en folio; contiene 31 fotograbados á la sepia, que se encargaron al extranjero, de Jefes del Poder Ejecutivo en México. Para su publicación se tuvo que ocurrir á archivos y bibliotecas nacionales y extranjeros, públicos y particulares, y fueron muy laboriosas todas las investigaciones impendidas en la busca de muchos de los raros documentos que hay en ella.

Adjuntos recibirá Ud. la publicación de varios de los pareceres más autorizados que sobre «Informes y Manifiestos» se han emitido, y una Guía hecha para facilitar el examen de la obra.

Teniendo en cuenta la calidad de los documentos de que ella consta, y su escasez ahora, el servicio que con la compilación de los mismos se presta á los historiógrafos y estadistas, así como la clase del material de que están formados los referidos volúmenes, y la excelente y correcta impresión de éstos, personas peritas les han fijado un VALOR DOBLE del precio á que se ponen á la venta; pero el Señor Ministro de Gobernación, bajo cuya iniciativa y vigilancia se ha formado la obra,

ha querido que se facilite, lo más posible, el consumo de la corta edición efectuada, para utilidad de quienes en México gustan de conocer á fondo la patria historia. Se ha determinado no distribuir ningún ejemplar gratis, por el mal resultado que este procedimiento ha producido en las ediciones oficiales.

El valor real de «Informes y Manifiestos» puede colegirse bien de la siguiente frase del Señor Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, con que termina su carta al Señor Corral, que va impresa en la adjunta publicación: Esperemos todos que dentro de algunos meses no habrá una sola biblioteca de hombre culto en el país, que no posea un ejemplar de un libro tan bien organizado é impreso.»

La obra, empastada lujosamente en percalina, vale:

En la Capital \$ 45.00 cvs.
En los Estados 50.00 cvs.

Se puede adquirir en abonos mensuales, con un recago en su costo.

Soy de Ud. atto. y afmo. S. S.

J. A. CASTILLON.

Para pedidos y cuanto sea referente á la venta de «Informes y Manifiestos,» hay que dirigirse á José A. Castellón, Dirección del DIARIO OFICIAL, 3.^a de Revillagigedo núm. 3, Ciudad de México.

BREVE EXPOSICION SOBRE "INFORMES Y MANIFIESTOS."

(GUIA PARA CONSULTAR LA OBRA)

El Sr. Corral, Ministro de Gobernación, fué el autor de la idea y á él se debió su realización, que vigiló de continuo.

El texto comprende, por una parte, todos los discursos pronunciados ante cuer-

pos parlamentarios, por Jefes del Poder Ejecutivo, y las respuestas correspondientes; y, por otra, las proclamas y los manifiestos del Ejecutivo y del Legislativo, incluyendo, entre los últimos, los informes

cuatrienales que son también verdaderos manifiestos á la Nación. El tomo I contiene, desde el discurso pronunciado por Iturbide, en 28 de Septiembre de 1821, al instalar la Junta Provisional Gubernativa (al siguiente día de la entrada en México del Ejército Trigarante), hasta el dicho por Juárez, dos horas antes de salir para San Luis Potosí, en 31 de Mayo de 1863, con las contestaciones que se han publicado. El tomo II consigna, desde el mensaje de Juárez, de 8 de Diciembre de 1867 (después de la Intervención Francesa), hasta el discurso del señor General Díaz, de 16 de Septiembre de 1904, con sus respuestas. El tomo III abraza, desde el manifiesto de la Junta Provisional, Gubernativa, de 13 de Octubre de 1821, hasta el informe del señor General Díaz, de 30 de Noviembre de 1904. Como, tratándose de una recopilación oficial, no era permitido incluir en el texto documentos de gobiernos ilegítimos, la dificultad para presentar al historiador un material completo, se obvió registrando en *Notas aclaratorias* y en *Advertencias*, los discursos y los manifiestos de personas que sin título legal ejercieron funciones administrativas. Así es que, en la *Nota núm. 108* del tomo I, y en la *Advertencia segunda* del III, se hallan discursos y contestaciones referentes á la época de los gobiernos creados por el Plan de Tacubaya (Comonfort, Zuloaga, Robles Pezuela, Miramón), y en la *Advertencia segunda* del tomo III, están todas las proclamas y los manifiestos del mismo personal reaccionario. En la *Nota núm. 131* hay discursos y contestaciones de Almonte, como miembro del llamado *Poder Ejecutivo* y de la *Regencia*; en 1863, de Gutiérrez Estrada; en Miramar, del Presidente de la *Asamblea de Notables*, y del Archiduque Maximiliano; é igualmente aparecen en la *Advertencia tercera* del III, proclamas y manifiestos de los personajes de la *Intervención*. Aun se indicó, en la *Advertencia quinta* del III, en qué periódicos de la época hallará, quien lo desee, los manifiestos del Sr. Lic. D. José María Iglesias, cuando este Magistrado se intituló

Presidente Constitucional de la República Mexicana. Además, en la *Advertencia primera* del tomo I se trata de la organización gubernativa que los caudillos de la guerra de Independencia procuraron establecer, y se copian los discursos de Morelos, leídos al instalar el Congreso de Chilpancingo; y en el tomo III, en la *Advertencia primera*, también se pueden encontrar los manifiestos y las proclamas de los mismos personajes, especialmente de aquellos que fueron investidos de alta autoridad, así como de la Junta de Zitácuaro y de los Congresos de Chilpancingo y de Apatzingan.

De esta suerte, el material de mensajes, proclamas y manifiestos, es abundantísimo, y se ha procurado que sea completo, con una investigación tenaz, ardorosa y llena de atención. Se ha acudido á bibliotecas y archivos públicos y de particulares, á colecciones de documentos y á colecciones numerosas de periódicos. Se ha ido á centros de información de la Capital y de los Estados, y aun se tuvo que utilizar la biblioteca de la Secretaría de la Cámara de Representantes en Washington, donde únicamente se encontraron los números de *El Telégrafo* (periódico oficial del gobierno mexicano), correspondientes á los cuarenta primeros días del año de 1835. De esta labor y del empeño que se puso para efectuar una inquisición concienzuda, dan idea, principalmente, la sección del tomo I, intitulada: «Origen de cada uno de los informes compilados en este tomo, y el de su respectiva contestación;» la que en el III se llama «Origen de los documentos contenidos en esta obra,» y la *Advertencia sexta* del tomo III, en que se relata parte de lo que fué hecho para haber una proclama del Sr. Juárez, debiéndose advertir que de este trabajo hubo menester para otros muchos documentos semejantes. Tanto por esto, cuanto por lo que se asienta en la sexta de las *Advertencias* del tomo II, queda bien establecida la autenticidad del material de la obra.

En la *Advertencia décima* del tomo I, se da una detallada noticia del juramento prestado por los encargados del Poder Ejecuti-

vo de la Nación, hasta 1867; y la *Advertencia cuarta* del tomo II, se refiere á los discursos dichos por los últimos Presidentes en el acto de protestar.

Como se encontrara que las noticias sueltas ó consignadas en tratados diversos de historia de México, acerca de los períodos de gobierno de los mandatarios del país, adolecen de muchos y sorprendentes errores, se formó, con la consulta de documentos y periódicos oficiales, lo que en el tomo III se ha denominado: «Encargados del Poder Ejecutivo en México, desde el 28 de Septiembre de 1821, hasta el 30 de Noviembre de 1904,» y, además, en la página 1,040, se puede ver: «Personas que, sin título legal, han ejercido mando supremo en la capital y en algunos otros lugares del país.» Hasta hoy no ha salido á luz una relación como esta.

El tomo I tiene 688 páginas, contando con texto y con índices; el II, 962; y el III, 1,098. Total: 2,748. Aquél está adornado con 22 fotograbados, el siguiente con 6 y el último con 3.

Los documentos del texto del tomo I, son 285; los del II, 190; y los del III, 235. Contando con los de *Notas y Advertencias*, hay 370 en el tomo I; 248 en el II, y 312 en el III. Total: 930.

Para el tomo I se escribieron 131 *Notas aclaratorias* y 15 *Advertencias*; para el II, 75 *Notas* y 6 *Advertencias*; y para el III, 10 *Advertencias*.

El compilador mismo, como era debido, cuidó de la corrección de los «*Informes y Manifiestos*,» y se procuró la mayor exactitud posible en fechas, en citas y en la ordenación de documentos.

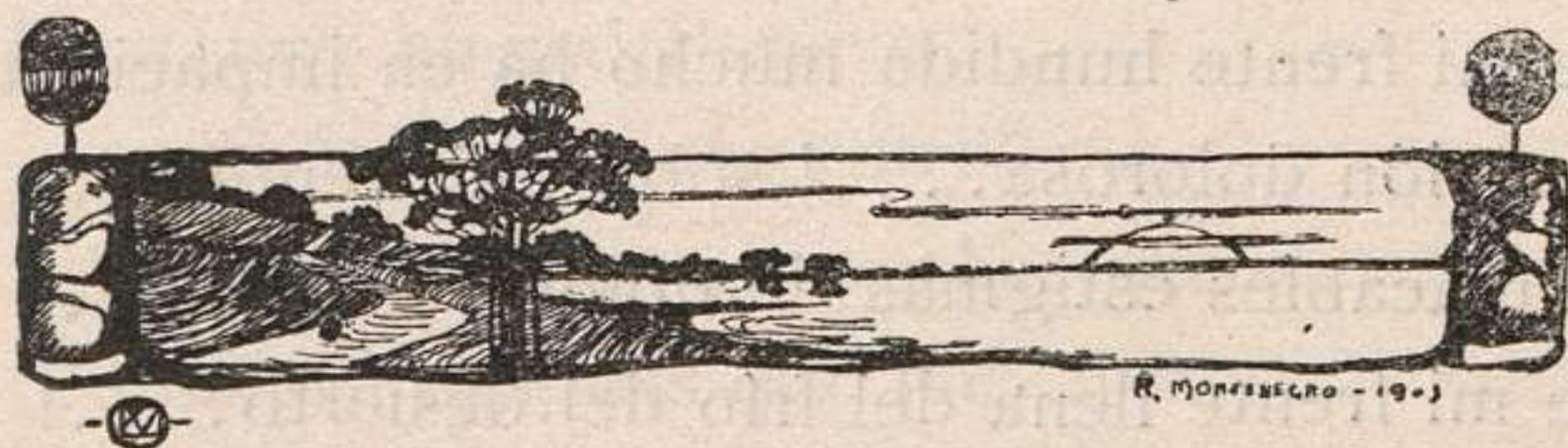
Por la labor de impresión y corrección, y la clase de papel y fotograbados, y por la importancia, además, del material de la obra, inquirido con ahinco y ordenado cuidadosamente, resulta ésta capaz de ser comparada con las más interesantes que, en su naturaleza, hayan aparecido en México, y aun con muchas del extranjero.

Lo que, en suma, viene á ser *Informes y Manifiestos* (además de una historia administrativa y política del país, administrativa especialmente en los informes, y política en los manifiestos y las proclamas), es la mejor, la más clara prueba del progreso de México.

México, Marzo de 1906.

J. A. CASTILLÓN.

En nuestra próxima edición daremos á conocer á nuestros lectores, el prólogo de la importantísima obra del Sr. Castellón, así como el retrato de este viejo y distinguido hombre de letras que tanto tiempo trabajó en el periodismo mexicano con éxito igual á sus grandes cualidades de hombre público, siempre al servicio del adelantamiento en su patria. Muy extensamente nos ocuparemos de este libro, limitándonos, por ahora, á felicitar al preclaro autor de «*Informes y Manifiestos*,» piedra angular del futuro, inmenso monumento de nuestra Historia Nacional. La intelectualidad mexicana está de plácemes.





AMOROSA

(A. M.)

Salvas las inquietudes con que mi pensamiento
pena sobre la vida de tedio y desaliento,
con tu luz inefable de amor. Tú lo iluminas....
Y así es como un inmenso desorden de ruinas
heroicas, penetrado del triunfo de una aurora
pródiga de caricias de fulgor que atesora
infinitas bondades de claridad augusta.

¿Qué virtudes contiene tu amor, que por la adusta
desolación que llena mi pensamiento, corre
como un río de olvido que mi fiebre socorre
en sus más angustiosos y dolientes de lirios....?

¿Qué virtudes contiene, qué guirnaldas de lirios
perfumados de ensueños pone sobre mi frente....
sobre mi frente hundida mucho ha en impaciente
abstracción dolorosa....! sobre mi frente llena
de implacables estigmas de dolor y de pena....!
sobre mi frente llena del frío del desierto....!
sobre mi frente llena del polvo del desierto....!

Eres muy bella! Pareces
descender de alguna estrella,
muchas veces, tantas veces
cuantas son las que me ofreces
tus labios de rosa bella....

Son tus labios como rosa
de prodigiosos rubores
en primavera gloriosa....
Mi beso es la mariposa
de esa rosa de primores....

Nunca rosa roja, al frío
abierto de la mañana,
con sus gotas de rocío,
cual tu boca, al beso mío
abierta, fué más galana!

Ríe en tu jardín, y todas
las rosas que tú has cuidado,
cuyas desventuras podas,
y cuyo encanto acomodas
con tal gracia á tu tocado,

verás que con asombradas
expectaciones, suspensas
permanecen, ó regadas
por el suelo, deshojadas,
con envidias muy intensas....

Eres muy buena! Pareces
ascender hacia una estrella
muchas veces.... muchas veces....
siempre después que me ofreces
tus labios de rosa bella....!

Y en mi corazón vives y reinas. Y ninguna traición de lo imprevisto, ni golpe de fortuna, ni desañudadura, ni olvido, ni amenaza, podrán de ahí arrancarte...! Jamás...! Jamás...! Abraza mi corazón vencido, mi corazón sangrado...!

Abrázalo con todas tus fuerzas...! Ha callado hasta hoy muchas angustias... Muchas calladas penas ha arrastrado en el mundo, como férreas cadenas, como largas cadenas de maldición...! Enlaza mi corazón, cual rayo de gloria la coraza del paladín que ha muerto con su heroico deseo de vengar la ultrajada Justicia, en un torneo sujeto al alto Juicio de Dios...! Todo ha caído en torno suyo... Todo... Mi corazón vencido tan sólo á ti te tiene... En él estás tú sola...!

Y eso es cual si una estrella se perdiera en una ola...! ó como si una liana se enredara á un vetusto árbol lleno de heridas de hachas y aun robusto, á pesar de sus fieras fatigas milenarias...! ó como si á una gota caída en las precarias fecundidades de agrio peñasco alto y desnudo, reventara algún germen llevado por un rudo sollozo de tormenta, cuyo germen cubriera de flores y perfumes la fría roca austera...!

México, 1906.

ROBERTO ARGÜELLES BRINGAS.





LOS ROMANCES VIEJOS

UN LIBRO DE MENÉNDEZ PELAYO.

El lector siente, sin duda, un gran respeto por Menéndez Pelayo. Si es erudito, porque la fama del insigne polígrafo está bien cimentada sobre la sólida base de muchos volúmenes. Si no lo es, si pertenece á ese término medio de cultura que constituye la gran masa del público, porque siempre ha oído hablar de «D. Marcelino» con veneración. Quizá digamos una verdadera herejía, pero la decimos de buena fe: la admiración popular hacia Menéndez Pelayo es malsana. Nosotros quisiéramos que, aun sin venerarle tanto, se le conociera un poco más.

Hablar de Menéndez Pelayo —salvo los casos contadísimos de la conversación profesional— es lo mismo que hablar de un alquimista que pasa día y noche en su rincón buscando la introvada piedra filosofal. Lo que Menéndez Pelayo busca es el oro viejo de los infolios, en polvorientos archivos, en desusadas bibliotecas. ¿Quién le sigue en esas aventuras á través de los si-

glos? ¿Quién puede ascender sin rendirse de fatiga por esa maravillosa escala que él sólo se ha creado á guisa de aparato ó andamio bibliográfico? La mayor parte de los españoles contestan á esa pregunta diciendo:—Yo no. Yo le admiro, pero no le acompaño.—¡Grave error! Menéndez Pelayo pasa grandes molestias para evitárnoslas á nosotros —y á ti, lector, que tienes muchas cosas en que pensar antes de meterte en un archivo á revolver palimpsestos y legajos descoloridos.—Las molestias que pasa Menéndez Pelayo se compensan con la alegría de los hallazgos, porque este es de los zahories que están seguros de encontrar un tesoro. Pero nosotros, sin quebranto ninguno, recogemos la flor de su trabajo. Leer á Menéndez Pelayo es ser sabio por cuenta ajena, y el que no quiera hacerlo, bien calificada tiene su pereza mental.

Como Menéndez Pelayo escribe tanto, no falta quien se acobarde ante la magni-

tud de su obra. Nosotros quisiéramos inculcar en los lectores de *Los Lunes de El Imparcial* nuestro convencimiento de que nada tan grato y tan ameno como la historia patria vista á través de la ciencia literaria de Menéndez Pelayo. El autor de la «Historia de las ideas estéticas en España,» y de la «Antología de poetas líricos castellanos,» ha querido ante todo *vulgarizar*. Sépanlo los que no se acercan á él por temor de que el maestro no piense sino en los especialistas.

Vulgarizar. Extender, dilatar el campo. Más aún, creemos que Menéndez Pelayo habrá soñado alguna vez en *incorporar* el espíritu de sus investigaciones al alma, y aun al corazón nacional. Lo que el polígrafo descubre en las letras castellanas, es un vigor de raza, que no debe dormir para siempre en las páginas del Romancero. Han hablado de la «Leyenda de oro» para calumniarla; han enterrado, han echado no sé cuántas llaves á no sé cuántas cosas. Más que con discursos y con manifestaciones, este D. Marcelino contribuye á destruir la falsa idea de la leyenda muerta repasando las viejas crónicas y enseñando á los hombres de hoy cómo fueron los hombres de ayer. Quizá no acertara á demostrar que hay una ciencia filosófica española. Lo que sí ha demostrado cumplidamente es que hay un carácter nacional, y que á pesar de ciertas épocas de sequía ó de barbecho, la tierra «no se ha cansado de dar flores.» Esta consecuencia del carácter la demuestra Menéndez Pelayo á la española, sin lirismos y sin grandes voces. No está en crédito actualmente su entusiasmo —ni el nuestro.— Lo corriente es mirar al otro lado de la frontera, arrepentirse mucho, hacer minuciosos exámenes de conciencia. Todo eso pasará; quizá sea útil; pero pasará.

Y ahora, si queremos darnos un baño de españolismo, un baño refrigerante y

reparador, abramos el último tomo de la «Antología de poetas líricos» y el segundo de la obra «Tratado de los romances viejos,» que en la Biblioteca Clásica publica Menéndez y Pelayo. Advierta el lector, condenado quizás á guardar su españolismo como una vergonzosa debilidad, que este despego de la patria no es moda sino en España. Si quiere convencerse de ello, leve anclas, vaya á otros puertos, entre por otras tierras. ¡Ni un solo día dejará de acordarse de ella con filial amor, sobre todo al ver que ni un solo día dejan de afirmar delante de él la propia patria los que acogen de pasada al caminante de patrias ajenas! ¡Extranjeros queremos ver á los malos patriotas! Y sobre todo, fuera de estas emociones, que por demasiado sentimentales quizá nos rechacen los que piden que se les hable á la razón, ¡agárrmonos á esta tierra en que por suerte nacimos! No es un rincón perdido sin historia y sin poesía. Su porvenir, de nosotros depende; su pasado ahí está, escrito en claras páginas de cronicón y de viejo romance. Hay pasiones, hay crímenes, hay crueldades inauditas y heroísmos que no volverán á ver los tiempos; armaduras y sayales, negra toca y blanco brial; la cruz y la media luna; campanas y añaflez pregonando una lucha tan feroz como caballerezca. Por esos campos sangrientos de Castilla avanza Mio Cid. Por los alcázares andaluces rinde sangrientas justicias D. Pedro el Cruel. Romances fronterizos, romances caballerescos, leyendas de antiguas gestas desaparecidas de héroes de franca voz, en pie sobre el estribo, la lanza presta, el corazón altanero.

Así os resucita un incansable rebuscador, por la paciencia benedictino, por el ánimo caballero de altas empresas. Así nos place veros como encarnación de un período épico de nuestra patria.

La vida del bibliófilo parece que es la

menos apta para influir en la vida nacional. Sus trabajos pasan de la biblioteca y del archivo á ese otro archivo que se llama la memoria del erudito. Pero Menéndez Pelayo, sin pretenderlo, sigue un camino en el que, á vuelta de grandes rodeos y de aventuras varias, hemos de entrar todos. Va á los orígenes de la cultura y del carácter patrio y trata de hallar el hilo enmarañado que une las páginas de nuestra historia y que justifica nuestra confianza en el porvenir.

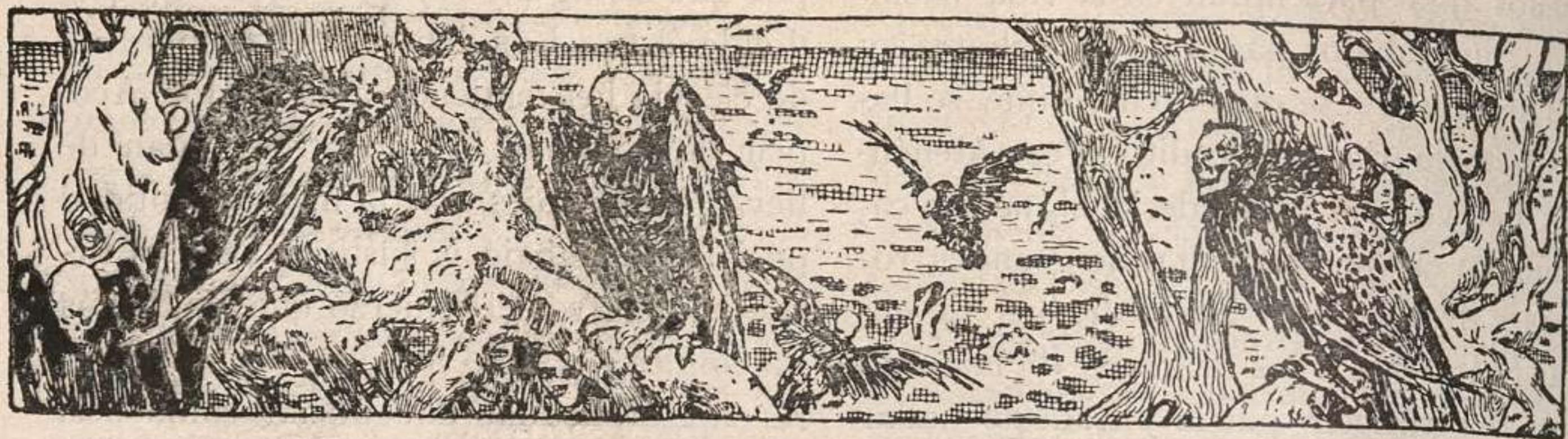
Quizá, en su alta impassibilidad de literato, de apasionado del placer estético, «D. Marcelino» —á quien todos los españoles nos imaginamos como á D. Alfonso el Sabio, mirando más á sus estrellas que á su reino— no se preocupará gran cosa

por que las aguas vayan ó dejen de ir por donde él va. Los deberes del hombre de ciencia los entiende á su modo. Acopiar, aprovechar lo que otros cuidan de llevar á sus trojes, dar la mayor cantidad posible de trabajo y sustituir en esta tierra de inactivos el esfuerzo que los demás no emplean. Como Minaya dice: «Yo seré en esta batalla tan bueno como seis caballeros.» A esto reduce su ambición y á ver cómo sus manos hábiles van tejiendo en bellos tapices antiguas historias. Nosotros debemos apreciar el alcance de su labor y considerarla como un paso honroso realizado valerosamente por un solo campeón.

LUIS BELLO.

(Del *Imparcial*, de Madrid)





CÉSAR BORGIA

(DEL LIBRO "TOISON")

Sur fond sombre noyant un riche vestibule. . . .

PAUL VERLAINE.

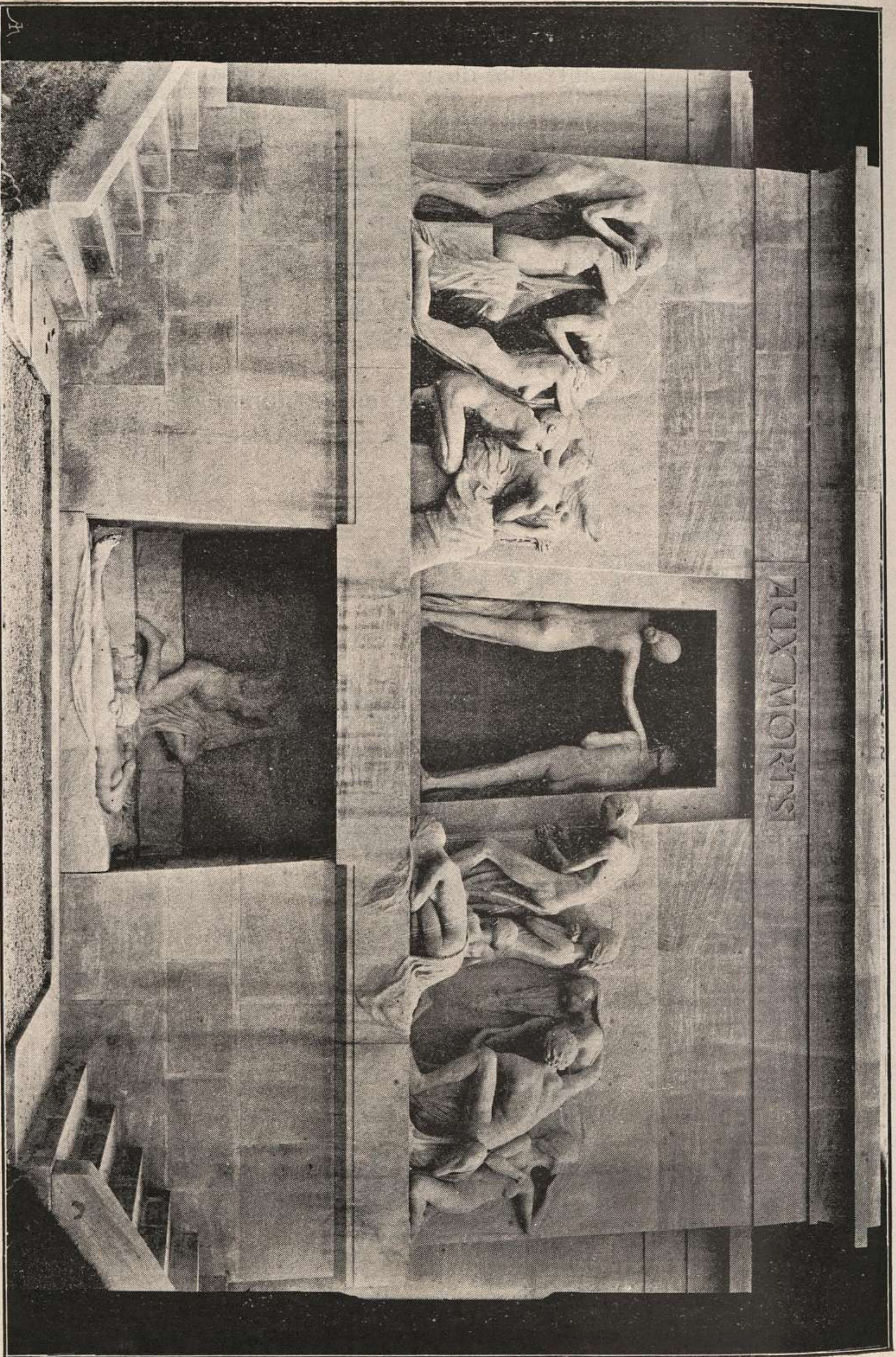
Sobre fondo sombrío que ahoga un rico vestíbulo,
 Donde el busto de Horacio y el del ínclito Tíbulo,
 Lejanos, de perfil, sueñan en mármol blanco,
 La izquierda en el puñal, la derecha en el flanco,
 Mientras dulce sonrisa el mostacho impacienta,
 El duque César Borgia de gran gala de ostenta,
 Sombrías las pupilas, la ropilla sombría,
 Contrastan en el oro suntüoso del día
 Con la palidez mate de su faz altanera,
 Mirada de tres cuartos, obscura, á la manera
 Propia de los Españoles y Venecianos
 En los retratos de reyes y cortesanos.
 La nariz recta late. La boca de matiz
 Vivo es fina, y diríase que se mueve el tapiz

Al soplo vehemente que de ella ha de exhalarse.
Y la mirada errante que deja espaciarse
Ante él, cual se acostumbra en las viejas pinturas,
Hormiguea de ideas enormes de aventuras.
Y la frente ancha y noble, de un gran pliegue surcada
Sin duda de proyectos formidables inflada,
Piensa, bajo el birrete donde una pluma oscila
Lanzada donde un nudo de rubí que cintila.

París, Marzo. 1906.

FRANCISCO CONTRERAS.





Bartholomé. Monumento «Á los Muertos.» París.



NOTAS MUSICALES

“CHOPIN”



Chopin.

bre alma precita en el divino castigo de ser más alta que todos los humanos espíritus. Tan íntimos y puros sentimientos que han florecido escondidamente en los que amamos al divino enfermo, eran un deseo y un temor de que se marchitaran al salir plastizados á la vida real del escenario, de que se agostaran al viento de la vida en acción del teatro ¡Era tan bello musicarlos para nosotros mismos en el santuario del alma! Pero, oh sorpresa, Chopin vivo, encarnado en un alma viviente, aparecía á nuestros ojos maravillados con la poesía de la restauración romántica; surgía delicado, frágil, nostálgico y dulce, cantaba el divino canto de sus nocturnos que escribió escuchando el canto en su alma, para su instrumento de arte, y hallábamos natural que el doloroso lamento saliese de su pecho lacerado como un lamento humano, que expresase su infinita amargura.

El arte, el amor, el dolor y la muerte. Con estos cuatro hálitos sagrados que hicieron arder hasta consumir el alma de Chopin, un músico hizo la evocación de esa po-

Y lo que prejuzgamos una profanación, fué á nuestros ojos risueños con la dulce mentira de soñar al artista hecho sér viviente, como la evocación de un muerto amado que se levanta de su sueño eterno al conjuro del deseo, para donarnos el consuelo de ver con nuestros propios ojos lo que no veremos jamás en el tiempo ni en la eterni

dad Y Chopin redivivo fué á nuestros ojos un símbolo, y su música orquestada con primor y con amor fué como si cada instrumento cantara la resurrección del músico bienamado y llorara por no haber sido electo por el artista para ser instrumento de su dolor

El primer acto, compuesto en su estructura desenvolvente de mazurkas en vivace, se abre con la «Kujawiak,» el último tiempo de la fantasía sobre aires polacos dedicada al pianista Pixis, y es de una ingenuidad que regocija el ánimo; la farándola de los campesinos polacos, de los patinadores alegres, desfila por el escenario con la poesía de la adolescencia del músico. El tejido de las mazurkas va y viene en vivaz ronda danzarina; la alegría de la pascua de navidad se oye en todos los cantos, aletea en todos los corazones; solamente en Chopin florece el hastío inconsciente como una flor exótica traída de muy lejos, acaso de otra vida, y la dulce queja del nocturno en fa, el predilecto de Chopin según Wodzinski, quiebra la placidez infantil armonizada por las maderas en un suave languidecer Y la farándola huye, el fulgor de las antorchas se desvanece, dejando á Chopin en la penumbra de la noche que cae sobre su alma cuando apenas tiene 16 años; pensativo, brumoso, hastiado ya, solamente cintilla en su corazón un rayo de estrella lejana al oír la voz de María Wodzinski, su amada del primer amor, que lo arrulla castamente con la berceuse y lo hace olvidar un breve instante la melancolía que desciende en copos helados cual la nieve en la estepa solitaria, virgen y pura como su alma, y que en su amor intenso á las cosas bellas, Chopin lamenta verla abierta por el filo de los patines cual si abriesen surcos en su alma.

El segundo acto halla á Chopin en plena juventud, enamorado de la vampiresa Jorge Sand, en el dulce retiro de Solange grato al placer y al idilio de amor; pero el ardiente recuerdo de Polonia evocado por los niños en la narración caballeresca (fantasía dedicada á la Princesa de Souzzo), vi-

bra en marcial rapsodia en el exilado, y lo arranca á sus meditaciones pasionarias encumbrándolo á un lírico arranque de amor patrio. Presto vuelve á caer en su desaliento inflexible —este espíritu está condenado á exultaciones y caídas perpetuas— y tenebroso, tétrico, ceñudo, huye á refugiarse en su arte y preludia el más trágico de sus nocturnos, el de do sostenido menor, que sostiene victoriosamente su triunfo sobre la orquesta en el agitado quebrado de pronto para declinar en el final doliente, mesto, las notas dobles más bellas de Chopin. Y como el más alto premio, el amor lo enguirnalda en dos brazos floridos . . . Aurora Dupin era entonces bella y joven, flor del romanticismo apasionado . . . y el himno de amor halla un precioso dúo hecho, en el estudio en mí mayor, y los dos amantes delirantemente transportados por la divina página de arte, ascienden como por una escala de amor al Paraíso.

En el tercer acto, Chopin enfermo sufre en Mallorca la presión tremenda de una tempestad electrizada; las olas con su eterna inquietud glosan el susurro arpegiado del *andante spianato*, y el ritornelo pastoral que borda las suaves persuaciones del viejo monje, no basta á calmar la inquietud de Chopin, perpetua como la del mar, y de súbito el impetuoso presto de la balada dedicada á Schumann rasga el viento cual racha huracanada, serpea en la eclosión de un relámpago, y la tempestad se desencadena como una nidada de boas constrictoras de angustia, y los violoncellos sollozan la angustia de Chopin al verse abandonado, solo á merced de su terror enloquecido, viendo en visión maldita flotar el cuerpo de la amada muerta sobre las olas coléricas y bajo el cielo lívido Pero la víctima abelina es una dulce niña, una encantadora puella inocente, y el talento de Orefice hizo de un nocturno de Chopin, el de do menor, una patética y dramática página de arte suntuosamente desplegada á todos los vientos. La orquesta en erupción magnífica, el conjunto coral pleno de majestad y tristeza, noblemente bordan esa página ex-

celsa que teniendo el alma de Chopin tiene el ropaje suntuario de un fuerte y poderoso orquestador. Chopin y Aurora sollozan sobre el cadáver de la niña Grazia cual si llorasen sobre el cadáver de su amor, Fritz espantado del detalle tan sencillo y tan cruel, de una flor humana tronchada en botón; y el final de la mazurka en sí bemol menor, una de las más dolorosas, despide el funeral cortejo de la dulce niña muerta

El cuarto acto es la muerte de Chopin. La preludian en paso de muerte los preludios V y XX. El poeta Orvieto, á la muerte ostentosa relatada por Arsenio Houssaye en sus deliciosos *Souvenirs de Jeunesse* y pintada por Barrias en el bello cuadro en que aparece la Condesa Delfina Potocka cantando una aria de *Beatrice*, de Bellini, y en que lloran en torno del moribundo su hermana Luisa Jedrzejewicz, la Princesa Marcelina Czartoryska, Mlle. Elisa Gavard, las Señoritas Stirling, Gutmann, Fran-chomme, sus discípulos fieles, prefirió la fidelidad de su amigo Titus Woyciechowski y de su bien amada María, y dió á la escena una muerte sencilla, en la que el moribundo de tisis y de nostalgia, el *zal* de su Polonia, hace traer el puñado de sagrada tierra polaca que siempre ha llevado consigo, y canta como un canto de cisne el bello Nocturno en fa menor y muere.

La belleza de esta ópera consiste en la

estructura armoniosa que el músico ha sabido dar á las melodías de Chopin. No ha volcado en ella toda la música del genio romántico; bastan unas cuantas composiciones, de preferencia las menos complicadas, las más sencillas, para hacer deleitosas páginas de arte vivido; la hermosura orquestal es delicada, frágil, flébil, como el alma de Chopin; no encontraréis ningún efecto brusco ni teatral; la dulzura aproximativa del piano acariciado por los dedos nerviosos del artista exquisito, está hallada en el conjunto acariciador de los arcos, en la suavidad plañidera de las maderas; tan solo en los vibratos aparecen en acción los cobres. La matización suave y dulce, tenue y delicada, está observada fielmente de las prescripciones del pianista, y sentís que os acaricia el alma un aura de poesía romancesca y embriagadora, cual si despertaran deseos lejanos que duermen en vuestra alma, cual si deseaseis haber florecido en el bello tiempo del romanticismo y haber gozado el inefable placer de haber conocido á Frederik Chopin.

No volveremos á oír esta linda ópera. Debemos á un artista delicado, el maestro Guerrieri, haber escuchado, orquestada la bella música que no hizo cartel de teatro en Europa y que tuvo, como la del polaco divino, una vida efímera en América.

RUBÉN M. CAMPOS.





EL PIANISTA PEDRO LUIS OGAZON



Pedro Luis Ogazón.

De regreso de una gira artística por las grandes ciudades de Norte América, el joven pianista Pedro Luis Ogazón ha vuelto pleno de fuerza artística, y se ha presentado en México con un concierto de Tschai-kowski. La fama del virtuoso elegante habíasele anticipado pregonando su rigurosa

interpretación clásica, su depurada subjetividad técnica, su justeza impecable en la observancia ceremoniosa de los preceptos del alto arte interpretativo, elevado al rango de rito por la moderna escuela del piano; y crecía nuestro interés de oírlo á medida que las crónicas de sus conciertos en el Norte nos traían el eco de sus triunfos artísticos.

La elección del concierto de Tschai-kowski fué una prenda de la seguridad que el pianista tiene en su predominio. Bravura, agilidad, tecnicismo en todas sus manifestaciones, fastuosidad en los pasajes sonoros, poesía bucólica y apasionado ardor en los pasajes cantables, todo lo reúne esta joya del arte eslavo que los moscovitas han puesto tan alto como el más encumbrado del arte universal. La suntuosidad asiática del poderoso compositor ruso se revela en el primer tiempo de este concierto fuerte, declamado en el estilo patético que tanto se adaptaba á la esencia del músico fiero que bien pudo ser apodado Iván el Terrible del arte moscovita. Y pasadas las sonoridades triunfales del primer tiempo, viene la poesía melódica y mansa del tiempo pastoral, bucólico y tierno, en que el piano borda apenas el tema soñador de los arcos, hasta que sobreponiéndose á ellos canta á su vez apasionado y vehemente, en elegancia aris-

toocrática, en sobrias frases de ternura contenida noblemente á la altura del arte altivo de Tschaikowski.

Ogazón desplegó en este pasaje su elegancia genuina, su cultura de esteta, su parsimoniosa y donairoso gracia latina, para revelarnos la pura escuela que ha adquirido y ha dominado con su admirable poder de asimilación y de selección. El Steinway vibraba, después de la prueba técnica, cual un caballo salvaje de Ukrania, piafante y domado, tembloroso aún de la emoción de ser vencido por este joven hetman del arte, que retorna á su patria pletórico y pujante, hecho un pianista de primer orden; y la poesía silvestre del lírico autor de *El lago de los cisnes* y *La bella durmiente del bosque*, surgía de los dedos ágiles como la ovación de un coro de musas de los dedos de un mago, en arabescos rutilantes, y las velocidades cefirosas, y las cromatizaciones cintilantes, y los matices suaves, y la dulzura de las gamas impecables y las arpegiadoras notas limpidas, nos revelaban á un pianista fuerte y dúctil como el compositor á quien interpretaba, que reúne la fogosidad juvenil y la bravura heroica, á la ternura sensitiva y á la audacia amorosa.

Estas dos fases perfectamente expuestas en el Concierto que el ilustre Hans von Bülow halló como obra perfecta y que le fué dedicado por Tschaikowski, nos hicieron conocer en una sola noche á Ogazón, estimar por qué ha sido elevado al rango de concertista en las cultas ciudades del Norte, donde ha sido distinguido con la distinción de ser conocido y apreciado por

artistas universales, Richard Hoffman y Waldemar von Pachmann entre ellos, por su corrección y su cultura artísticas, por su temprana virtuosidad floreciente, por su educación sólida y su espíritu amplio y joven, por su sobriedad respetuosa de los cánones rituales en el sacerdocio interpretador de los grandes maestros antiguos, cuya eterna fuente inagotable es la fontana de oro que purificará siempre en ablusión sagrada á los elegidos del arte, y de los fuertes maestros modernos cuyas creaciones, aun no estimadas con la veneración ancestral de los siglos que pasarán, son tempestuosas creaciones humanas, reflejo fiel de una lucha de pasiones volcánicas, de rebeliones y de bregas titánicas, en que los artistas pugnaron en Europa por imponerse y hacer pesar la omnipotencia de su arte; y así su música, como en Tschaikowski, reflejó el estado de alma de toda una estirpe divina oprimida y de todo un siglo libertador.

El pianista Ogazón nos ha traducido espléndidamente esa alma de lucha y de acción militante y prepotente del más tumultuoso de los compositores rusos: ha hecho vibrar de admiración y de entusiasmo lírico á una legión de auditores electrizados y anhelantes, seducidos por el poder magnético de los nerviosos dedos maestros del joven pianista, y el México intelectual en música lo saludó como á uno de sus artistas más insignes, personal y completo, apto para ir en busca del premio universal de los triunfantes peregrinos del arte.

RUBÉN M. CAMPOS.





EN DÓNDE ESTÁS, QUIMERA?

A mi distinguido amigo el Sr. D. Julio Luján.

Yo sé que existes, sin saber en dónde,
y que imposible á mi infinito anhelo,
serás eternamente mi desvelo.
¡Destino cruel el que á mi afán te esconde!

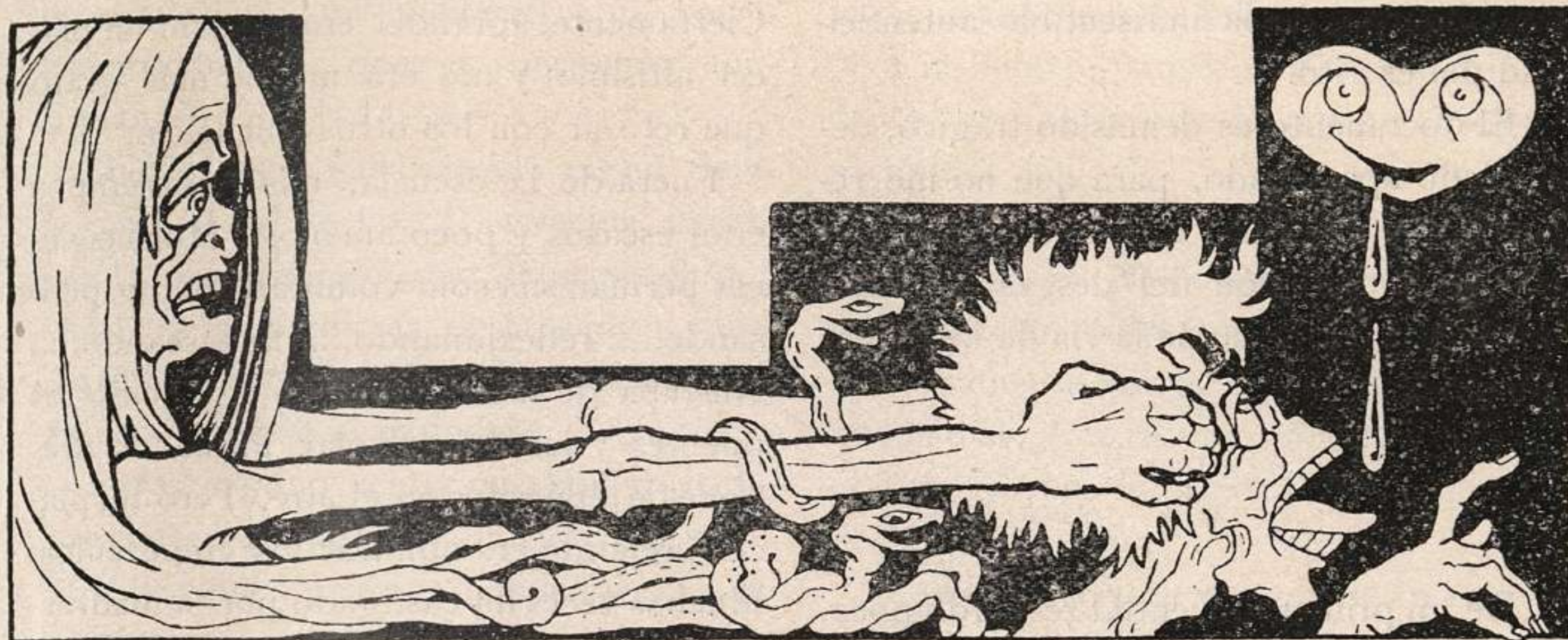
¡Ansia del alma á la que no responde
indiferente y despiadado el cielo!
¿Puede encontrarse en este triste suelo
pena que más dentro del pecho ahonde?

Sentir la vida con la fuerza ingente
que hace estallar el brote en cada rama,
y sentirla pasar inútilmente!

Mi llanto desbordado se derrama!
y cae mi fe, sin fuerzas y doliente,
como abatido pájaro en la grama!

MARIANO VIESCA Y ARIZPE.

1905.



LA OBSESION ROJA

Tengo que comunicar al mundo una noticia estupenda. Miguel Songina, el flamigero Songina, que en días pasados decapitó el verdugo del reino en la plaza de San Bartolomé, ha dejado sus confesiones. Y esas confesiones están en mi poder; sesenta y tres páginas de pequeña letra, escritas todas con sangre.

Estaba prohibido á Songina escribir, con excepción de á los parientes cercanos, y á éstos sólo con el consentimiento y revisión del director de la cárcel. Pero el asesino guardaba en los abismos de su alma un tremendo secreto: y antes que su cabeza cayese dentro de la cesta del verdugo, quiso revelarlo á los hombres, acaso por una necesidad de tardía justificación; acaso, tal vez, para que aprendiésemos á temer á la obscura combinación orgánica que es el cerebro humano, y del

que por lo común estamos tan seguros y contentos.

Estoy en relaciones de negocios con un carcelero lleno de inteligencia y de iniciativa, y esto desde hace muchos años, desde que me atormentaba el sombrío deseo de conocer por dentro la psíquica de los homicidas. Muchas veces el dicho carcelero me proporcionó, por recompensa no crecida, documentos interesantísimos de célebres reclusos. Cuando supe que Songina estaba adscrito á su tutela, se lo recomendé con verdadera pasión. Y fui servido de un modo inmejorable.

Hace pocas noches vino á verme mi hombre con mucha circunspección á mi casa, y me entregó un pliego, diciéndome: «Son sus confesiones.» Al principio desconfié. Sospechaba una mistificación. Algunas páginas leídas al acaso me convencieron,

sin embargo, de la indiscutible autenticidad del escrito.

El documento es demasiado trágico, demasiado apasionado, para que no me resuelva á publicarlo. Y he aquí, textual, la espantosa confesión del desgraciado que asesinó al paralítico de la vía de las Trece Fuentes.

* * *

De mi primera juventud recuerdo poco. Mi padre me quería bien y, sin embargo, me dió una madrastra.

A mi madre no la conocí: murió cuando yo tenía tan sólo un año, y nunca supe de qué mal. Muchas veces, sin embargo, durante mi infancia y mi adolescencia, oí decir, no á mi padre, sino á los tíos, á la madrastra y á otros vecinos:

—Cómo se parece Miguel á su madre, en los ojos, en la boca, en la frente! Con tal que. . .

Entonces bajaban la voz, decían entre sí palabras que yo no comprendía, y me miraban con infinita piedad. Yo, que tenía un corazón sensibilísimo, pronto al dolor, como mis ojos estaban siempre prontos á las lágrimas, me retiraba á un rincón á sufrir y llorar.

Papá tenía un pequeño empleo en la Prefectura; trabajaba, además, con mucho celo en otros asuntos fuera de la oficina, y de esta manera procuraba á su familia una existencia sin privaciones. De su segundo matrimonio no habían nacido hijos, y esto hacía también que la madrastra me tratase con cierta humanidad y casi siempre sin injusticia.

A los cinco años fuí puesto en la escuela é hice progresos milagrosos. Era siempre el primero. Adivinaba, comprendía, retenía las cosas de una manera sorprendente. El maestro solía decir que era yo un «fenómeno,» y que «iría muy lejos.»

Ciertamente, aprender era para mí un placer altísimo, y me era mucho más grato que retozar con los otros chicuelos.

Fuera de la escuela, mis pasatiempos eran escasos y poco amenos. Muchas veces permanecía solo voluntariamente, pensando.... reflexionando.... fantaseando.... Gustaba de mirar correr el agua bajo los puentes y las nubes volar, formando dragones é hipócritas en el aire. Pero mi placer preferido era admirar los crepúsculos. Muchas veces fuí castigado por la madrastra porque volvía tarde á casa; pero ni ella, ni nadie, supo jamás que en aquellas horas no me encontraba yo con los chicuelos por las calles, sino solo, cerca de algún campo, atento á contemplar el cielo coruscante de nubes y manchado de sangre. Aquel espectáculo me ponía una caricia tibia en el alma, me llenaba de felicidad. Con la cabeza entre las manos y los ojos perdidos en la profundidad del occidente, permanecía así, sin respirar, hasta que el tono violeta del crepúsculo descendía y velaba el rosa y la sangre de las nubes. Entonces tornaba á casa, con las rodillas vacilantes: y á veces, en aquellas tardes, mi padre se preocupaba porque no tocaba un bocado de la cena.

Tenía trece años cuando mi padre falleció. A aquella muerte siguieron años dolorosos. Por principio de cuentas, la madrastra me sacó de la escuela. Cursaba entonces el cuarto año, y abandonar los libros fué para mí una pena desgarradora. Pero ni aun ahora sabría culpar á mi madrastra de aquella cruel medida. En nuestra casa reinaba la pobreza, había que trabajar.

En aquella época tristísima de mi existencia, dividida entre el recuerdo siempre triste de mi pobre padre, que me hacía amar la tumba, entre las iras y persecuciones de la madrastra, la falta de libros y, con frecuencia, de pan, y el terror tene-

broso del porvenir, me ocurrió un hecho importantísimo, que es necesario consignar.

Mi madrastra sufría desde algún tiempo un mal del pecho. Una vecina, herida por la misma enfermedad, le aconsejó que ensayara la medicina de la sangre tibia. Aquella aceptó el consejo, y un día me hizo acompañarla al matadero.

Por el camino sentía mi alma turbada, presa de una singular agitación, que se disolvía en una dulzura conmovedora. Cuando el matancero hizo vibrar el hacha sobre la cabeza de la víctima, volví los ojos estremecido. Pero cuando el animal fué levantado por la grúa, y recibió en el cuello la enorme hoja afilada, precipitándose en borbotones el grueso chorro de sangre, me bebí aquel espectáculo con las pupilas dilatadas, y sentí como si una onda de tibia suavidad me hubiese cubierto y penetrado; y fué tanta aquella dulzura, que sentí disolverse mi cerebro, morir el alma mía: ví á la degollada res crecer hasta proporciones monstruosas; las personas y los muros bailaban una ronda en derredor, hasta que el vértigo me tiró por tierra. Desde aquel día continuó mi madrastra su curación, pero no quiso que la acompañase más al matadero. Decía con desprecio que era pusilámene, que el aspecto de la sangre me trastornaba. Era bien otra la verdad.

Pasado el año de luto, mi madrastra se casó nuevamente: tomó por marido á un barbero, que era también mi primo, muy lejano. No sufrí. Era un hombre excelente, de gran probidad, que hizo pronto germinar en mí mucho afecto.

Salido de la escuela, había estado muchos meses de mozo en una relojería: «oficio decente,» decía la madrastra, que estaba orgullosa de habérmelo procurado. Pero por este «oficio decente» sentía yo una repugnancia indomitable. La mecá-

nica me fué siempre odiosa. Así lo declaré á mi nuevo padre, con tal efusión de llanto, que me prometió darme otra ocupación.

Renació entonces en mí una tímida y vaga esperanza de volver á la escuela; pero mi nuevo padre me hizo comprender amorosamente que de aquello no había ni que hablar. Los recursos del nuevo hogar eran escasos, y había ya tres bocas grandes que mantener.

Y aquella certeza matemática á que mi cerebro debía habituarse, de no poder escribir ya ni tocar un libro, de tener que renunciar definitivamente al estudio, me causaba una aflicción inmensa, tanto más dolorosa, cuanto que tenía que encerrarla dentro de mi corazón, escondida para todos. Lloré tanto y tanto tiempo! Sólo en la tarde encontraba á veces alguna divina consolación, cuando podía salir de la ciudad y mirar fuera de ella el incendio de las nubes y el carmín del ambiente. Entonces una voluptuosidad violenta, casi igual á la que me había trastornado el día que asistí al sacrificio en el rastro, me envolvía de nuevo todo, y me daba el olvido completo.

Fué entonces cuando, avvicinando estos hechos extraños, reuniendo estos rudimentarios experimentos psíquicos, empecé á darme cuenta de que el rojo ejercía sobre mi alma una influencia profunda y deliciosa, que tal vez no tenía sobre los otros. Las sensaciones variaban en matices, de un tono á otro, de un día al siguiente, de una hora á otra, pero nunca dejaban de ser fundamentalmente plácidas. Mas no todo lo rojo ejercía en mí aquella profunda fascinación: el rojo opaco, apagado, muerto de los edificios, de las telas, de las insignias, de los trajes, me dejaban casi indiferente; un poco más me conmovía el rojo de las flores, y un grado de fuerza superior tenía sobre mí el rojo

de los metales y las gemas. Pero el rojo que me daba verdaderamente una alegría febril, era el rojo movable, el rojo ardiente y vivo, la llama, las nubes incendiadas, el metal candente, la carne y la sangre.

En casa se discutía mucho mi porvenir. La madrastra quería que continuase en el oficio de relojero, al que me había consagrado después de la muerte de mi padre: el padrastro proponía, por lo contrario, que le ayudara en su oficio. Podía sucederle una desgracia; y si yo me hallaba en condiciones de substituirlo, la peluquería, única fuente de vida para nuestra familia, no se perdería. Este designio acabó por prevalecer, y mi porvenir fué decidido de esta suerte.

Sufrió, sin embargo, es preciso decirlo, en muchas, muchas ocasiones, aun de noche, cuando no podía dormir (tenía *siempre* el sueño agitado y poblado de sueños y de visiones), una especie de opresión y desvanecimiento, al pensar que, en lo de adelante, iba á poder manejar la navaja como un instrumento esencial de mi vida. Por una prepotente asociación de ideas, que más persistía mientras más la arrojaba de mí mismo, no podía dejar de pensar en la navaja, juntamente con el cuchillo del carnicero que abrió la garganta de la res suspendida de una percha del rastro, y me obsesionaba la impetuosa oleada de sangre que había corrido á borbotones de aquella enorme herida; no podía dejar de preguntarme, con un estremecimiento de espanto mezclado de una rara voluptuosidad, si aquella misma alegría desgarradora que me había invadido ante aquel sacrificio, no se repetiría cuando mi navaja hubiera hecho algún tajo en el rostro de los clientes futuros. . . .

Fuí, pues, barbero. Aprendí en pocos meses todos los secretos de la delicada profesión, de una manera incomparable; y fuí el brazo derecho del padrastro, que to-

dos los días, sin excepción, se alababa de mi bravura y de sus aptitudes docentes. Desde el primer día que me vió la mano, había adivinado mi incontestable vocación!

En realidad, mi mano era ligera, ligerísima: las barbas más duras, más intrincadas, más resistentes, caían bajo mi navaja con una suavidad deliciosa. Era muy fino para adivinar los gustos de los clientes volantes, inenarrable en acatar ó dirigir, según el caso, las costumbres de los frequentadores de la barbería, en encontrar y cultivar la cimiento de la conversación que acorta los siglos que los señores clientes creen pasar en las barberías.

Algunos me aconsejaban marchara á París, á Londres, á Viena, donde habría hecho fortuna, pero yo no quería ni oír hablar del asunto. Los negocios prosperaban: nuestro establecimiento, ensanchado, redecorado, todo resplandeciente de espejos y de luces, se había convertido en el primero de la ciudad, y era honrado por las personas más ricas y distinguidas. ¿Por qué partir? Lo desconocido me ha dado siempre miedo, y también viajar.

Un día falleció la madrastra de su vieja consunción. El padrastro se conmovió mucho, y, tal vez por la edad, tal vez el dolor, le produjeron un fuerte temblor en la mano. Debió, pues, no sin gran sufrimiento, abandonar la navaja, y dejar que trabajara yo solo por los dos, cosa que hice con viva alegría, porque le amaba sinceramente y sentía por él verdadero reconocimiento.

Con los años, no había muerto, sin embargo, mi pasión por el rojo. Siempre la vista del fuego, del cielo purpurino del crepúsculo, de la sangre, sobre todo de la sangre, me producía una voluptuosidad vertiginosa. En la iniciación de mi oficio, sucedía con frecuencia que yo, por impericia, hacia alguna pequeña herida á mis clientes, y, naturalmente, brotaba la san-

gre, trayéndome aquella inefable acostumbrada felicidad. Ya maestro en el arte, logré evitar el más ligero rasguño, aun en el rostro más atormentado de arrugas ó de granos; y por largos meses no recorrió mis venas el más ligero estremecimiento, á la vista del rojo que «yo hubiera creado.»

Fué aquella la época más feliz de mi vida, el intervalo perfectamente lúcido, el que logré, por el solo efecto de mi voluntad, contrabalancear los instintos anormales de mi individuo interno.

Pero cuando murió la madrastra, y el padrastro pasaba todos los días en casa, ó sobre el banco de algún jardín público, yo, sólo dueño del establecimiento, cedi al demonio, y empecé á procurarme «con mi oficio, con mi navaja,» el péfido goce. Con arte superfino, me puse á propinar uno, dos, tres pequeños tajos á mis parroquianos, según la sensibilidad que les atribuía —y no erraba jamás,— y según mi gusto ó estado de ánimo particular. Pero qué tajos tan pequeños, imperceptibles! Jamás ninguno de mis clientes se dió cuenta de ello, «excepto yo:» yo que veía aparecer sobre la piel rasurada una mínima gota, un rubí redondo y microscópico que, sin embargo, rutilaba, fulguraba, me llenaba la pupila de lampos y el alma de voluptuosidad. El imperio de mi mano sobre mi voluntad en aquel momento indefinible, era completo. No temblaba, no palidecía, continuaba tranquilo mi conversación, y nadie, fuera de Dios, si me veía, se daba cuenta de mi dulce huracán interno.

Y qué bien llegué á saber clasificar las diversas sangres: la sangre sana, la sangre enferma, la sangre plena de fuerza, y la sangre arruinada, la sangre virtuosa y la sangre del vicio, la sangre bien nutrida y la sangre miserable, la sangre en fermento y la sangre en disolución! Yo escribía diariamente sobre la corteza de mi cerebro los capítulos de una nueva ciencia de la

vida, que aprendía y meditaba sobre aquel extraño alfabeto de puntitos bermejos, nacientes sobre la piel verde turquesa de mis clientes, mágico alfabeto, indescifrable para todos, excepto yo.



El barbero macabro.

Gozaba con hundir una sombra de mi navaja en la mejilla del niño apenas púber, y al ver brotar el hilo férvido, como una rosa de Mayo; pero gozaba más, tal vez, al extraer un infinitésimo de sangre del rostro de un viejo sacerdote, pobre y magro, que todos los sábados pasaba bajo mi acero. Qué milagro siempre renovado era para mí ver despuntar de aquella carne que parecía enjuta y momificada por la llama del desierto, la exigua gota clara, transparente, sin reflejos, la «gota de la muerte próxima!»

Experimentaba una emoción vehemente hasta lo increíble, al ver ante mis ojos, hundido en la amplia poltrona, á un cliente nuevo, «una alma» todavía no descifrada por mi navaja ultravidente. Y miraba á mi huésped, á mi «benefactor,» con deseo inflamado y, sin embargo, imperceptible para todos; exscrutaba sus labios, sus encías, los ojos sobre todo, sus venas y los minúsculos vasos sanguíneos que corren

de la concha nácar del bulbo, haciendo con ella un paisaje fantástico, un esférico monte polar en miniatura, atravesado de ríos tortuosos de sangre. En aquel rápido examen exterior, me había perfeccionado tanto, que no me engañaba jamás al pronosticar la esfumadura, la densidad, la «especie» de sangre que debía salir. Cuando la gema bermeja salía silenciosa y trémula á la luz, constaba invariablemente que la había «antevisto» con mis pupilas interiores, en un acceso de mi fría y deleitable locura.

* * *

El día en que por primera vez se sentó en mi sillón el duque Hipólito Murge, tuve la preciosa sensación de que alguna cosa definitiva entraba en la trama de mi vida. Me estremecí hasta las raíces de mi sér. El duque era un gigante, de casi dos metros de estatura, con una salvaje barba cobriza en un rostro lleno y sanguíneo. Aquel individuo era la exaltación del tipo que yo buscaba desde años atrás, y que no había jamás encontrado, el hombre ideal, la sangre perfecta, que debía darme toda la alegría de que sentía capaz á mi enfermedad. Poseía dos mandíbulas enormes, que habrían destrozado los huesos de un carnero «vivo,» y que debían desear la carne cruda. Tenía dos labios tímidos, carnosos, de un rojo definitivo, y las encías, en las raras veces que se mostraban, me parecían hechas de un tejido sangriento.

Un cuello corto, corto, corto, que casi no existía, unía aquella testa inmune sobre el dorso vasto, que se llenaba como una bomba con la respiración:

«El primer día que le tuve, no me atreví á introducir la menor parte de mi navaja en su piel: fué aquella la primera vez que temí dar de gritos, perder la razón á la vista de una gotita de sangre. Trituran-

do el cerebro con el freno de la voluntad, supe dar tan aérea ligereza á mi mano, y conversar con tanta gracia y tanto ingenio, que desde el punto fué conquistado el duque, y no me abandonó ya.

Vino á verme todos los días, y todos los días le sangraba la exigua vena, de la que al punto salía el hilo flamante, como una hebra de cordón purpurino.

Tuve transportes, ebriedades, delirios, sacudimientos del alma, gritos internos tales, que ningún amante, ningún santo emocionado por la contemplación de Dios, tuvo jamás. El duque no sospechaba nada: estaba altamente satisfecho de mi labor, y lamentaba tan sólo no haberme conocido antes.

Un sábado me dió mi mozo una noticia que me fulminó, si bien me la esperaba con anterioridad: había visto en la calle caer inanimado al duque Hipólito, herido de un ataque de apoplejía. Corrí á casa del duque, en la calle de las Trece Fuentes, y por Napoleón, el viejo criado, supe cosas que me desolaron. El duque había escapado de la muerte, pero quedaba condenado á la parálisis por toda la vida, y en todo el cuerpo. Sólo la cabeza conservaba cierta movilidad, y el cerebro, si bien lento y obscuramente, podía funcionar aún.

Poco después de un mes, Napoleón vino á verme y á llamarme. El duque quería que fuese á afeitarlo á su casa. Fui volando: el corazón no me palpitaba ya, petrificado por la emoción y por el invencible presentimiento de una inmensa desgracia que iba á ocurrirme.

Lo encontré tendido, crucificado sobre la gran poltrona de los paralíticos, en su estancia de gentil-hombre rico, llena de retratos, de mujeres y de cosas, de países lejanos. No percibí luego, por la sombra que llenaba la estancia, su rostro purpúreo: vi tan sólo una masa violácea, contor-

nada por una selva de cabellos rojizos. Después, y lentamente, lo distinguí: sus facciones se habían distendido, y habían conservado las líneas del primer espasmo; antes tan noblemente encendidos, se habían velado por el estupor sin causa y sin fin propio de aquellos desgraciados.

Enmudecí esperando que él hablase. Y sólo me dijo, con una voz floja y lenta, que parecía pertenecer ya á su sombra que vagase por el reino de los muertos:

—Miguel, te causo lástima, no es cierto?

Balbutí las palabras acostumbradas, faltas de persuasión y de efecto, que se dicen á los incurables: después, tras un gesto suyo, comencé mi labor. Le limpié el rostro de la gran barba color de oro que le había crecido, con una delicadeza extrema. Y no osé disponer de su sangre para mi insana dicha; no tuve valor, y fué aquella la segunda vez, y la última

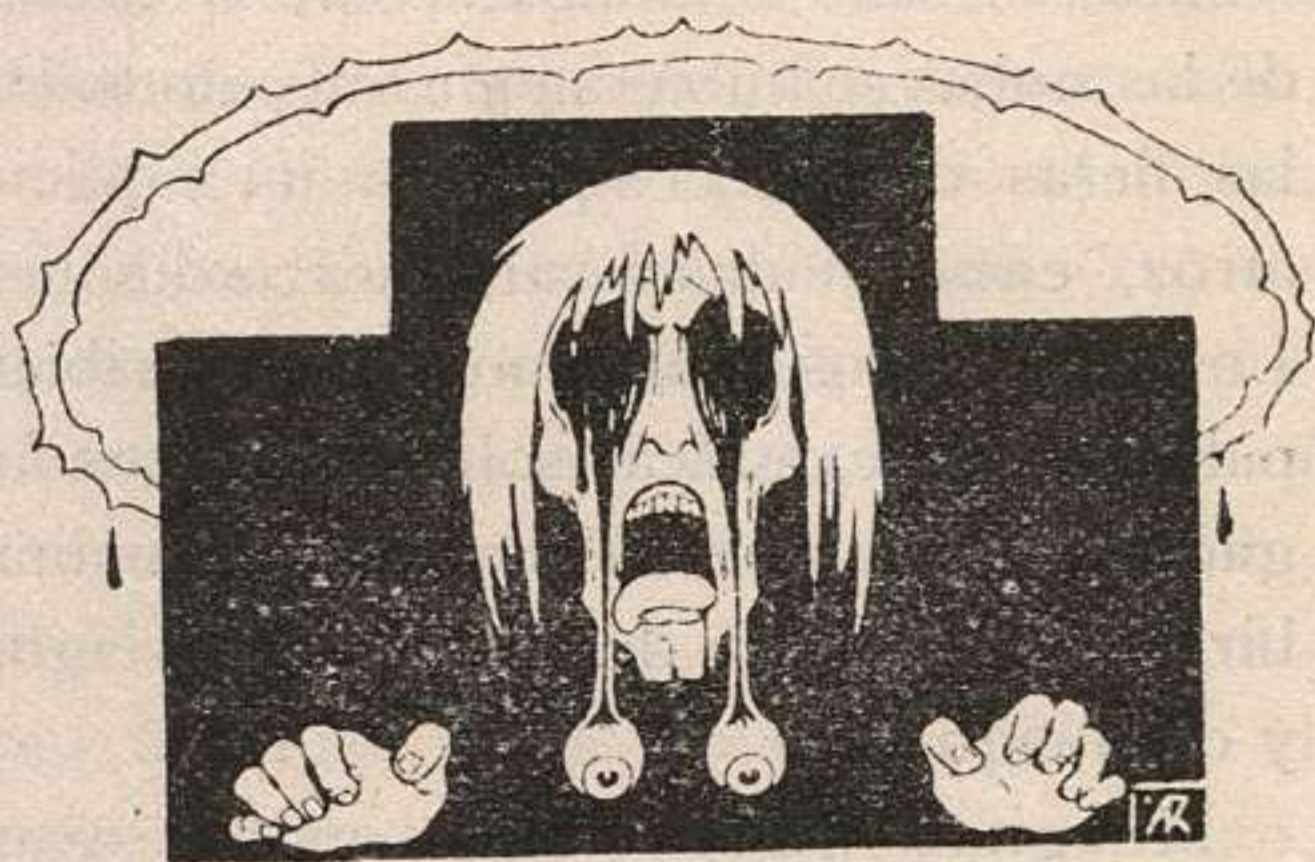
Cuando iba á marcharme, el paralítico me dijo, masticando las sílabas:

—Volved mañana, y siempre.

Y volví al día siguiente, y volví siempre, hasta el fin. Mi pasión por el rojo me sujetó inmediatamente, y desde el segundo día empecé mi práctica silenciosa. Me quemaba la fiebre de leer en la gota de sangre la tempestad profunda que había sacudido aquel sér: y mis ojos, para llegar á tal punto, debieron aguzarse, volverse afilados y cortantes como mi navaja, porque el enfermo no toleraba la luz, y Napoleón, que no lo abandonaba un instante, vigilaba para que todos sus deseos, expresos ó inexpresos, fueran leyes.

Pero poco á poco me acostumbré á las tinieblas y pude ver bien, como á la luz del sol, aquella pobre sangre diáfana, sutil, sin brillo, acuosa como la sangre de los peces. Comprendí entonces hasta lo profundo la ruina irreparable de aquel coloso, cuyos grandes miembros rígidos no tenían otra nutrición que aquella linfa ro-

sácea. Y tuve infinita piedad de él, y no le abrí más la tenue vena, sino para observar y lamentar el lento despenarse de su existencia.



El duque desollado.

*
* *

Todos tenemos una hora sagrada ó infame en nuestra vida, en que las circunstancias exteriores conjuran implacablemente juntas —sin mérito y sin culpa nuestra,— para centuplicar en bien ó en mal nuestras inclinaciones, nuestros instintos, nuestras fuerzas, haciendo de nosotros héroes . . . ó asesinos. Yo, el Viernes Santo de aquel año, tuve mi hora tremendamente malvada.

Salí de mi establecimiento á las tres, como siempre, y me encaminé á la calle de las Trece Fuentes, para prestar mis servicios al duque. Estaba ligeramente agitado: me estremecía al rumor de los carruajes, y á la vista de las personas altas. El rojo inerte y mate de los trajes de las señoras, me aceleraba la respiración, y me causaba una sorda angustia.

Apenas hube desembocado en la plaza del Tridente, se desató un gran temporal, que desde el alba se cernía en los aires, y al que había yo atribuido la irritación morbosa de mis nervios. Un relámpago cruzó los cielos de norte á sur, un relámpago horrendo, terrible, rojo como los fuegos del infierno. Un flujo de espasmos hizo

irrupción en mi pecho. Tuve que apoyarme en un muro para no caer desplomado.

Proseguí el camino: el agua caía á torrentes, el cielo bramaba, como si detrás de las nubes se hubieran encontrado todas las fieras de los bosques en un suplicio atroz, encadenadas á carbones ardientes. Los relámpagos ininterrumpidos, escribían palabras apocalípticas sobre las nubes fugaces. Parecía que la tierra debiese sucumbir en aquel asalto desesperado del agua y del fuego.

Mi agitación crecía de un modo espantoso. Me vi obligado á refugiarme en un zaguán de la calle Lupa. Mientras esperaba que las furias del huracán y de mi espíritu se aplacasen, vi del otro lado de la calle á un jovencillo alto, pálido, doblado de espaldas, que se apoyó á un fanal, miró en torno para convencerse de que nadie le veía, y arrojó una gruesa bocanada de sangre. Observé fijamente como un maniático, á través de los hilos de lluvia, aquel líquido rojo, que caía y se esparcía por la tierra: y sentí el alma convulsa y perdida...

Pude, al fin, proseguir mi camino y llegar á la casa del duque, una casa silenciosa, obscura, triste, infinitamente triste, no habitada sino por el paralítico y su criado. Una victoria pública esperaba á la puerta; me sorprendí profundamente: no había visto jamás carruaje alguno frente á aquella casa de sepultados vivos.

Por la escalera me tropecé con Napoleón, que descendía volando, por más que los años no se lo permitieran, con el rostro desencajado. Un desconocido lo sostenía. Le pregunté poseído de terror:

—Alguna desgracia al duque?

—No, no, es mi hijo. . . .

Y prorrumpió en sollozos, sin terminar su frase. Me detuve en un escalón, perplejo. El desconocido arrastró con dulzura al anciano. Lo vi desaparecer en las tinie-

blas: después oí el rodar del carruaje sobre el asfalto.

En aquel momento, una voz interior me gritó que corriera, que huyera, que me escapara á cualquier parte, salvándome de aquella casa lúgubre, llena de sombras y de dolores, donde mi víctima agonizaba «por sí sola.»

Aquella serie de acontecimientos extraordinarios, que me habían tan violentamente turbado en el camino, no eran una advertencia que el Cielo me mandaba para que huyese de aquella casa maldita, y de mi loco placer, al menos por aquel día? El duque estaba solo: y solo no lo había visto jamás, y á ninguna de mis víctimas me había acercado nunca con mi navaja, en tal delirio de mi alma y de mi carne!

Me detuve un instante á la orilla del abismo: después un diverso querer, más lúcido, más compacto, más imperioso, me cogió por la nuca, me obligó á continuar la escalera. . . .

Cuando entré á la estancia, el duque me hizo una señal con la cabeza, y murmuró:

—Pobre Napoleón!

Yo respondí mecánicamente:

—Pobre Napoleón!

Luego empecé mi obra en silencio. La mano me temblaba fuertemente, exactamente como á mi padrastro; después de la muerte de su esposa. Y al fin la aguda sensibilidad del duque se dió cuenta. Lo oí gemir. Y aquello hizo crecer mi agitación hasta lo extremo. En una contracción más fuerte de la diestra, penetró la navaja, grande y profundamente en la mejilla floja del paralítico. Este bramó. . . . Yo me acerqué rugiendo á la gruesa herida, á aquel tesoro codiciado que mi navaja me ofrecía. Estaba obscuro, muy obscuro. . . . A la sombra acostumbrada de los cortinajes, se añadían las tinieblas densas del cielo. Abrí bruscamente los balcones. El duque seguía mis actos con largas miradas,

con ojos suplicantes, llenos de llanto y de pavor; su instinto secreto le advertía que estaba frente á un feroz enemigo, pero su cerebro en descomposición, no podía proporcionarle ya las palabras, ni la cólera, ni la amenaza, ni la súplica.

Me replegué sobre el enorme tajo que se había desbordado de sangre; y qué sangre apasionante, en consunción, clara y anémica «finalmente,» bajo los cobrizos reflejos del cielo, y el soplo encendido del relámpago! No era ya dueño de mí: sentía á mi pobre cerebro zozobrar en un océano de fulgores, oía voces misteriosas é irresistibles que me llamaban, me aconsejaban cosas horrendas, me invitaban á un festín voluptuoso y tremendo. Era mi perdición total, la querida y terrible perdición que me tentaba con todos sus vértigos, que abría bajo mis pies las entrañas de sus abismos.

Con una lúcida, indescriptiblemente lúcida conciencia de las cosas, tomé una toalla y la introduje en la boca del duque, que torció los ojos y palideció como la nieve. Después, delicadamente, con mano franca y leve, como en los más hermosos días de mi arte, comencé á desollarlo. . . . Le hundí la navaja como dos milímetros en el rostro, y le arranqué, á grandes tiras, la epidermis. Realicé aquella difícil operación con la exquisita precisión de un cirujano. Mi navaja no penetraba jamás el espesor de un cabello más allá del límite que yo había establecido, y bajo la navaja despuntaba toda una aurora de sangre que yo miraba con las pupilas aproximadas, con las narices abiertas, con el alma ebria de felicidad. Le desollé de esta manera las mejillas, después la barba, después la frente hasta el nacimiento del pelo, después la nariz: y desollé también sus párpados, que permanecían extrañamente blancos, en aquella inmensa llaga.

Después lo volví hacia la ventana y lo

contemplé. Comprendí entonces, por un estremecimiento concorde de todas mis fuerzas conscientes, lo que al fin había obtenido. Había conquistado finalmente el objeto de mi amor. Los otros, los seres comunes, los normales, los afortunados, aman á la mujer, sus cabellos, sus pupilas, sus manos, sus labios, su alma. Yo, en tanto, no tuve jamás una palpitación por la mujer; yo, sin influencia alguna de mi voluntad, por una tendencia desenfrenada, invencible, demoniaca de mi ser más íntimo, no amo, no he amado jamás sino el rojo, la llama, la sangre, el rojo sin sexo, sus esplendores, sus bellezas inmensas, su alma de luz. Y aquel día, después de treinta años de deseo no saciado, después de mil promesas y mil voluptuosidades entrevistas aquí y allí en la carne de los desconocidos, poseía al fin el objeto de mi amor, en un límpido delirio, en una lúcida exaltación de todas mis facultades: lo tenía allí, bajo mis ojos ávidos, todo mío, exclusivamente mío, y hecho por mis manos, la desmesurada llaga cruenta, el rostro de un hombre sangrado por mi navaja, el gigantesco rubí de luces innumerables y de infinitas iridescencias, que la luz de los relámpagos despertaba y multiplicaba con intensidad fantástica, mientras la vieja casa pavorosa temblaba hasta sus cimientos, y parecía iba á despeñarse bajo el incansable azote del trueno.

El duque lanzaba estertores sofocados, que á veces se atenuaban en un húmedo barboteo, á veces cesaban en un horripilante silencio de cadáver. Pero era con los ojos, con los espectrales ojos sin párpado, llenos de dolor, de terror y de locura, con lo que aquel desgraciado me hablaba. Aquellos ojos redondos y saltados como los ojos de las ranas, aquellos gruesos globos blancos y pendientes hacia la boca, como dos perlas desmontadas, se fijaban, me seguían, me imploraban, me amenaza-

ban, me maldecían, se agarraban á mi rostro, se adherían á mi retina con una insistencia que me hacía estremecer. En un momento dado, no pude resistirlos más. Con dos golpes exactos de mi navaja los suprimí, los hice rodar por tierra, dejando en su lugar, dos heridas profundas, dos llagas más rojas en la roja llaga del rostro, dos rubíes ideales é iguales en la preciosa gema que me había fabricado para mis bodas con la sangre. . . .

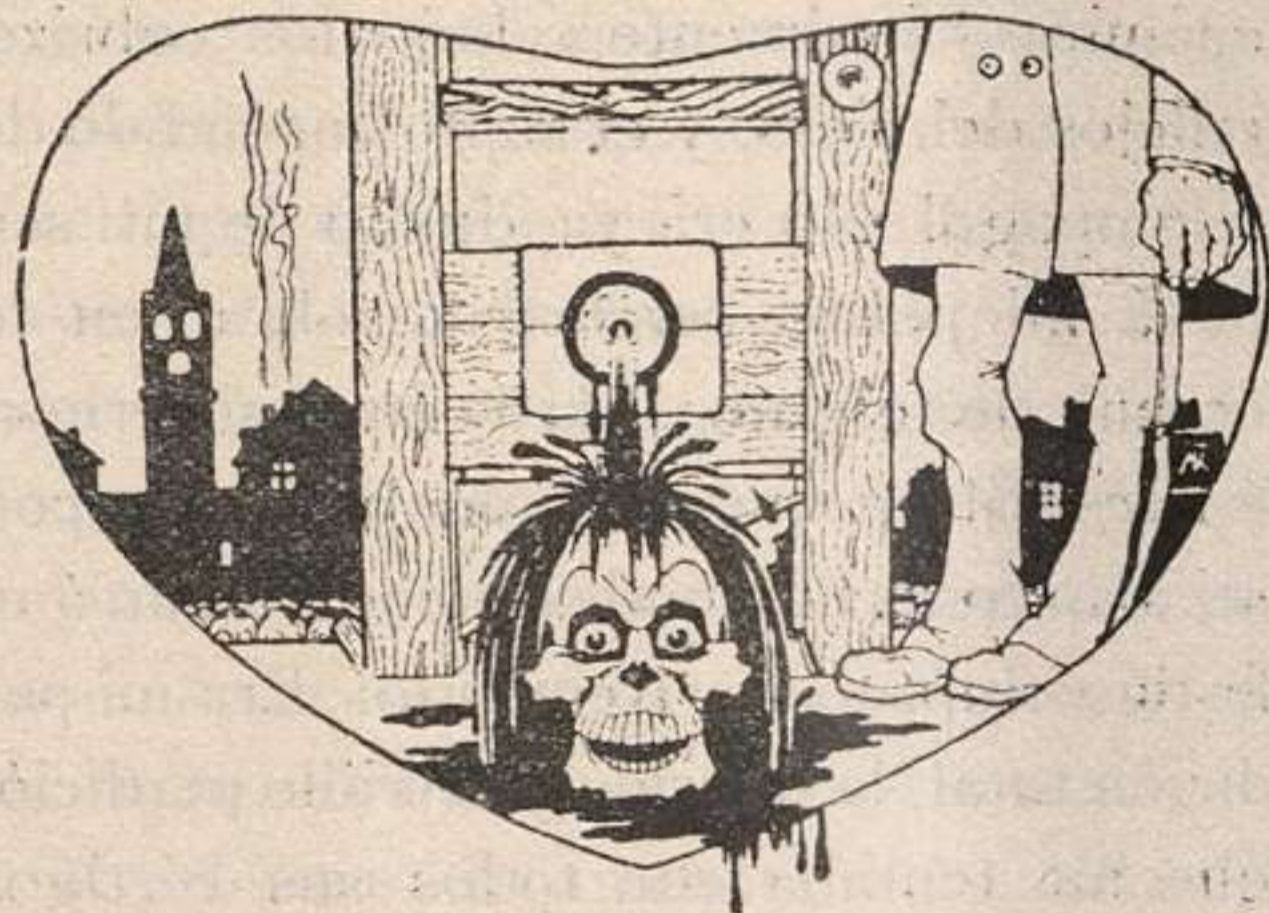
Y miré, miré largamente, de todos los lugares de la pieza, bajo todas las luces, á aquel ser monstruoso, sin piel y sin ojos, aquel fuerte grumo de sangre coronado por cabellos rojos, aquel rostro inconocible, reducido á un círculo plano y rosáceo, semejante á la llaga que deja en el busto de un gigante la cabeza arrancada. . . .

Y la emoción no se saciaba en sí misma, no dejaba lugar al remordimiento ó á la piedad, sino que se hacía más viva y más furiosa á cada momento, volviéndome como los amantes, ansioso á cada instante de una voluptuosidad más completa.

La imagen de un placer terrible, supremo, me atravesó el cerebro demente y me venció. Saboree con recogimiento aquella última dulzura; la preparé con lento amor. Y al fin la realicé. Volví hacia el lecho la cabeza del duque, acerqué á su oreja mi rostro, y luego, con un golpe vibrante y seguro, le abrí la arteria carótida. Saltó fuera un manantial tibio, violentísimo, haciendo un ruido de catarata despeñada: un manantial rojo, sobre todo, pero de un rojo nunca visto, de un rojo generoso, heroico, sobrehumano. . . . Plegué la cara hacia aquella amorosa onda, y la recibí en pleno rostro, en el centro de la frente, en las pupilas desmesuradas. Me embriagué, me sacié, me enloquecí. Abarqué las inaccesibles fronteras de las delicias terrenales, y disfruté por un instante de las felicidades eternas.

Pero mi alma se volvió frágil ante tanta alegría. Mi sangre se suspendió, se paralizó. A mi derredor se formó un anillo bermejo y silencioso, que me oprimió, me hizo girar con él, aceleró su giro, apretó, apretó sus espirales sobre mí, hasta que perdí el conocimiento y desfallecí.

Cuando recobré los sentidos, estaba en la cárcel.



En la guillotina.

Los días de la instrucción fueron pesados y largos. Confesé á los jueces toda la parte exterior de mi delito, aburriéndome de un modo homicida en los interminables interrogatorios, deseando solamente acabar presto. La única divagación de aquellos siete meses de cárcel, fué la de escribir despacio, despacio, á pocas palabras por día, siempre sobresaltado, estas memorias. Las escribí con sangre, con mi sangre; pero fué éste un goce mezquino frente á la alegría absoluta que me anondó el día que me inundé, de la cabeza á los pies, con la sangre del paralítico.

El abogado defensor que me fué impuesto de oficio, me atormentó de un modo odioso para que el día del jurado me «fingiese» un loco razonable, un maniático, un obsesionado. Yo rehusé. Y ante el jurado hice, por el contrario, esfuerzos sobrehumanos de lucidez y de lógica, para declararme un ser normal, para convencer á todos de que estaba firme y consciente, dueño de mi cerebro. Lo logré. Los jurados

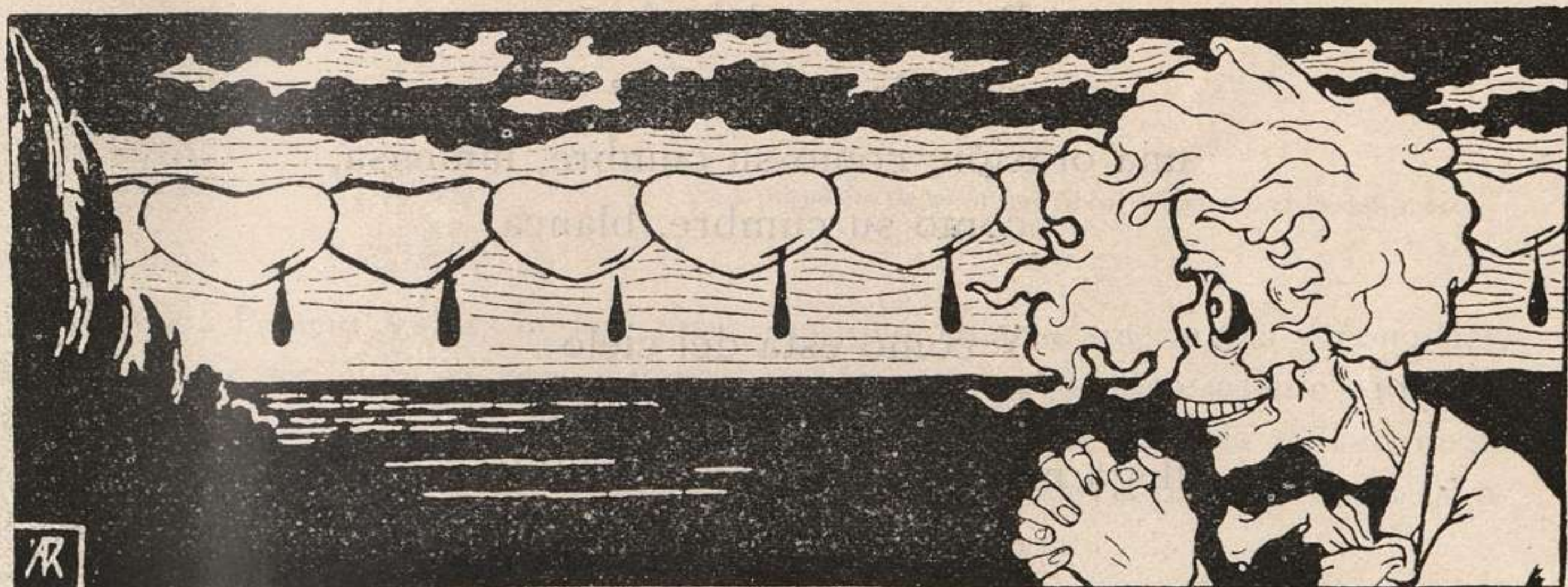
creyeron rendir un veredicto inmisericorde condenándome á la guillotina. Yo escuché la sentencia sin que me temblaran los párpados, reprimiendo un impulso de gratitud hacia aquellos doce benefactores desconocidos.

Dentro de cuarenta horas subiré al caldoso, y recibiré de la navaja triangular de un barbero augusto, la dicha agudísima y suprema. Durante estas cuarenta horas de agonía, todas las energías de mi espíritu estarán distensas y fijas en la prepotente

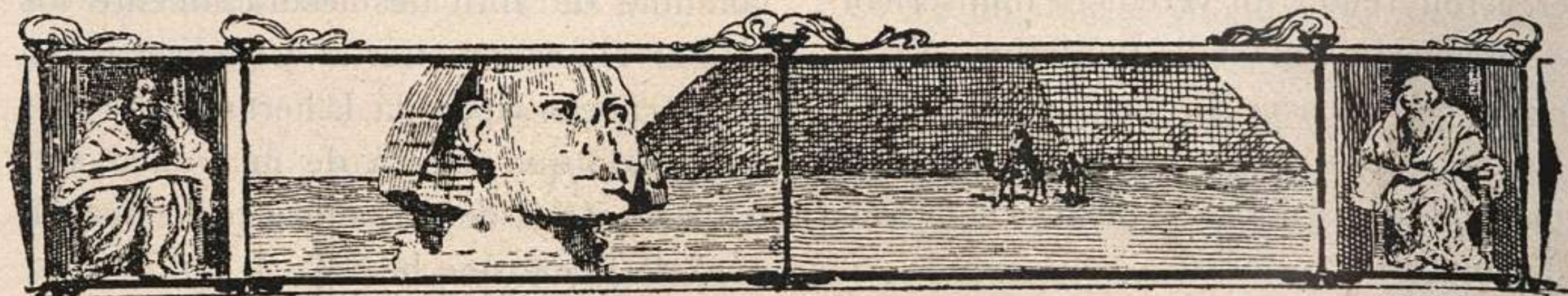
voluntad de abrir desmesuradamente los ojos en el instante mortal, y de «ver,» aun con la cabeza separada, la hermosa flor roja y redonda que nacerá de mi tronco, y la onda frenética de mi sangre, que desbordará de la enorme herida.

Los hombres no lo sabrán, los hombres creerán haberme «castigado;» y habrán, por el contrario, tendido á mis pies un tapete real para mi tránsito á la otra vida.»

GIUSEPPE BEVIONE.



La sangre del crepúsculo.



IN EXCELSIS.

A Rubén M. Campos.

Por sus excelsitudes
 eleva la montaña
 una oración, como su cumbre, inmensa,
 como su cumbre, blanca.

Y como está del cielo
 la cumbre tan cercana,
 llega muy pronto á Dios esa blancura
 convertida en plegaria. . . .

¿Qué pedirá á los cielos
 la divina montaña?
 Tener siempre su nieve por corona
 y sus cimas muy altas.

Y cuando el sol derrita
 la nieve immaculada,
 al dolor de las simas pavoroso
 unir serena su raudal de lágrimas!

MANUEL JOSÉ OTHON.



FIGURAS ESPAÑOLAS.

ARMANDO PALACIO VALDÉS

A propósito de su último libro «Tristán ó el Pesimismo»

Para ver á Palacio Valdés no hay más que preguntar por él en su casa, é inmediatamente introducen sin ceremonia alguna al visitante en el despacho del maestro, una habitación sencilla, atrezada con buen gusto, en la cual se ven alineados sobre una estantería de caoba los volúmenes que constituyen la labor admirable del novelista, cuya faz bonachona, con ojos dulces, azules, rodeada por una barba apostólica, se muestra en una fotografía colocada en un marco de terciopelo color granate.

Cuando después de algunos femeniles, he sentido en el pasillo el taconeo vigoroso delator de las pisadas de un hombre, una ligera turbación se ha apoderado de mí, y no he podido deshacerme de ella hasta que, después de cumplidos los requisitos de la cortesía, D. Armando, en

un tono familiar que anima y complace, me ha rogado que tome asiento en uno de los sillones, al que después galantemente ha acercado el suyo para que nos oigamos mejor.

Incoada la conversación, me ha contado la historia de todas sus novelas, de las cuales las ediciones extranjeras son vergonzosamente más numerosas que las castellanas.

—De *José*—me dice sonriente, sin el menor asomo de reproche— no ha mucho que he recibido una edición inglesa para uso de los alumnos británicos que estudian nuestro idioma.

Y levantándose, sacó uno de los cajones, y me enseñó luego, un primorosamente impreso tomo, en el cual, y coincidiendo las palabras, debajo de cada renglón del original estaba el traducido.

Me mostró después traducciones diversas á varios idiomas, de *San Sulpicio*, de *Marta y María*, de *El cuarto Poder*, *La alegría del capitán Ribot*, *Los majos de Cádiz*, *Maximina*, *Riverita*, *El origen del pensamiento*, *Aguas fuertes*, *La Fe*, *El Maestrante* y de casi todos sus cuentos y artículos primorosos.

—¿Le producen á usted mucho? le pregunté.

—¡Oh! la tirada española, solamente para cubrir gastos, si bien es verdad que yo, por condiciones de carácter, ni sé ni serviría para trabajarme los éxitos. Mis obras se ponen en las librerías, y se venden ó no; pero tengo la satisfacción de no deber á los elogios de nadie, en ninguna de ellas, el aumento en el pedido de los ejemplares.

—¿Y fuera de España?

—Fuera sí; además de los derechos de versión, me suelen encargar, con bastante frecuencia, trabajos para revistas literarias, y como la remuneración es crecida, verdaderamente fabulosa si se la compara con la de este país (hasta 800 dollars por un cuento), ya ve usted que no puedo quejarme.

—¿Cuántos libros publicados tiene usted?

—¿Cuántos?..... á ver.—Y después de musitar los títulos llevando la cuenta con los dedos, me dice casi asustándose de su producción.

—Ya ve usted, una barbaridad..... ¡quince!

—¿Y no prepara usted ninguno por ahora?

—No; para después de *Tristán*, ó *el pesimismo*, que verá pronto la luz (mañana), no tengo proyecto alguno; ya estoy haciéndome viejo y la imaginación funciona más trabajosamente: por otra parte, yo creo que el escritor no puede ni debe novelar cuanto se le ocurre. Unas veces nos

pasan patatas y otras trufas por el pensamiento, y el pretender aprovecharlo todo es un fraude; algo así como querer dar gato por liebre, ó mejor aún, patatas por trufas.

Y al decirme esta pequeña ironía, yo me pongo á rememorar sus novelas, y recordando aquel humorismo sano de que están pletóricas, aquel dejo de mordacidad que por falta de bilis no se desbordó en frases cáusticas, agresivas, sino en torrentes de ingeniosidades y en chisporroteo abundoso de conceptos intencionados, que se destacan de sus páginas como pulidas chispas de diamante engarzadas sobre oro finísimo, considero que si aquel señor bajo, que tiene fijos en los míos, como para escrutar lo que pienso de él, sus ojos claros no tuviera sobre todas sus cualidades la bondad, sería un hombre verdaderamente temible, pues la penetrante sagacidad de su ingenio sabría escoger, para luego, ó malvelarlas con el cendad más gayo de la hipocresía, ó fulminarlas procazmente, con el arma volteriana del cinismo, las mas acerbos y punzantes burlas.

Luego, hablándome de sus teorías y apreciaciones estéticas sobre la novela, me dice: que lo primero que procura vencer él en las suyas es la atonía, dándoles diversidad de tonalidades, arrancando sus tipos de la vida, y haciéndolos como en ella misma, desenvolverse indistintamente, desde las elevadas esferas de lo trágico, pasando por todas las gradaciones, hasta el extremo opuesto de las de lo cómico, y aun desentrañando en medio de una otra sensación, pues tengo para mí ---dice--- que en el mundo no son uniformes ni rectilíneas, y que por otra parte, y atendiendo á miras superficialmente artísticas, aun de serlo, llegarían por su homogeneidad á anularse casi por completo, con lo cual el lector se aburre. ¿No lo cree usted así?

—Tan esa es mi opinión, que mirándome

le á través de ese prisma bisensacional, he procurado observar la vida para componer (porque yo tengo escrita y pienso publicar, no se alarme usted) mi novela.

—Él sonríe bondadosamente y me compadece y me admira por el calvario que voy á pasar, y la voluntad y el ánimo que demuestro para emprenderle.

—Aun cuando sea, que lo será, buenísima —me dice galantemente,— no podrá usted recoger el fruto de su libro sino perseverando. Sólo cuando se ha publicado el tercero ó cuarto volumen se comienza á notar la venta del primero.

—¿Y si lograrse que la Prensa?..... ¿Cree usted que con ella?.....

—Yo..... bueno..... yo no creo nada; pero por lo que á mí se refiere, sólo sé decir que no la he utilizado nunca como factor.

—Pues ya ve usted —le digo levantándome,— otros lo hacen. —Y después, dejándome llevar de mis pensamientos, indiscretamente: —¿Qué piensa usted de los actuales novelistas de España?

—Vaya, vaya, es usted muy preguntón, y de seguir interrogando así me va á poner en un aprieto.

Yo lo comprendo y sonrío; él me comprende y sonríe también.

.....

Este es, á grandes rasgos, el, en mi sentir, nuestro primer contemporáneo novelista, el cual, además de la de literato insigne, tiene una extraordinaria condición, que le hace superior á todos: no frecuenta tertulias literarias.

ALFONSO HERNÁNDEZ CATÁ.



JEAN LORRAIN

El escritor de pura raza gala, de inspiración tan brillante como su estilo, en cuya obra hay páginas que le sobrevivirán, ha muerto el 2 del actual, en París, en la Casa de Salud del Dr. Pozzi, de resultas de una peritonitis.

Su verdadero nombre era Paul Duval, y nació en Fécamp el año de 1855. Bajo el pseudónimo de Jean Lorrain se dió á conocer en París por encantadores volúmenes de versos de la Escuela Parnasiana, y que se resentían de la influencia finamente perversa de Baudelaire: *Le Sang des Dieux*, *Griseries*, *L'Ombre Ardente*.

Dió á la Prensa, bajo el título de *Pall Mall Semaine* y con la firma de Raitif de la Bretonne, una *Suite* notable de espirituales crónicas parisienses, en donde con mordaz estilo se recreó en picar los hechos menudos de la vida artística, literaria y mundana, ocupán-

dose con el mismo éxito de mediocridades risibles, que de hacer conocer y exaltar los nuevos talentos que aparecían y que eran recibidos con un fruncimiento de cejas por los Pontífices consagrados. Estas crónicas obtuvieron un favor extraordinario, y Lorrain llegó á la notoriedad con novelas como *Buveurs d'ames*, *Monsieur Bougreton*, etc., en donde el vigor, cierto sensualismo en las descripciones, y la maravillosa *souplesse* del estilo, revelaron un temperamento.

Los libros de Lorrain, por los asuntos que contienen, son obras de decadencia, tomada esta frase en su sentido genuino, pero por la maestría del estilo, el encanto y la fuerza de las evocaciones, siempre interesarán al lector artista.

Descanse la mano exquisitamente plástica que trazó «Las Princesas de Marfil.»



Srita. Ana María Charles Sánchez.



LIBROS NUEVOS

Alma América.—Hemos tenido el gusto de recibir, por conducto de la Librería General de Victoriano Suárez, de Madrid, el libro del poeta peruano, José Santos Chocano, titulado: «Alma América.»—Es un volumen de más de 300 páginas, elegantemente impreso, con prólogo de Miguel de Unamuno.

La «Revista Moderna,» ha tenido ya la honra de ofrecer á sus lectores, «La Evangelizada,» de la cual dice el eminente prologuista, lo siguiente:

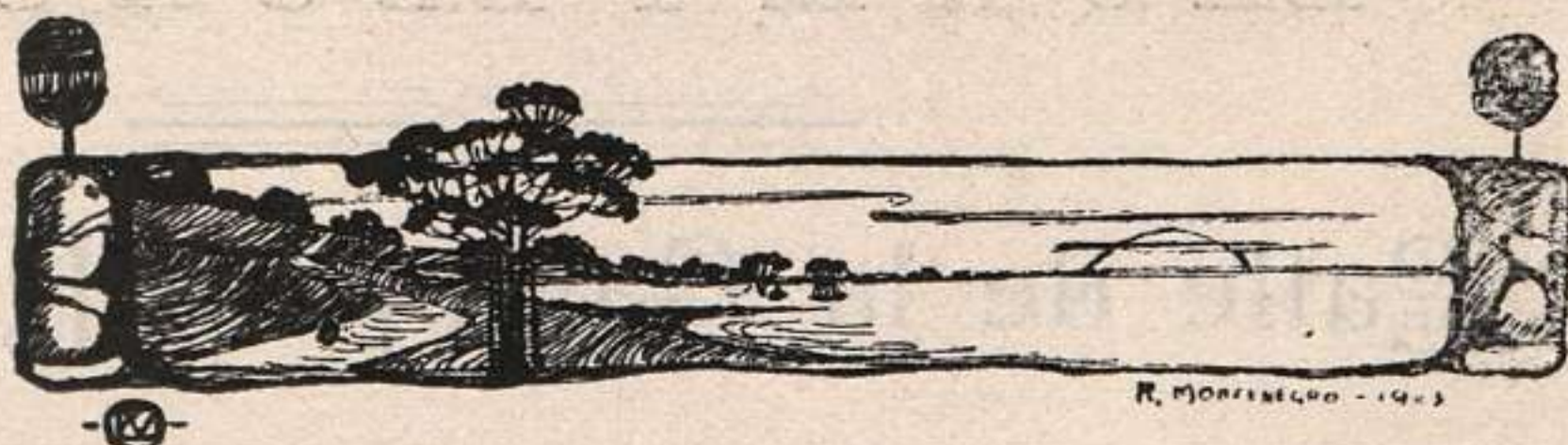
«Hay entre las poesías que componen esta colección, una «Evangelizada,» en que Chocano desarrolla una idea verdaderamente feliz, y la desarrolla con felicidad: la idea de que Jesucristo vió la América, no precisamente desde el Calvario, sino cuando al tentarle Satanás en el desierto, le mostró los reinos todos del mundo, ofreciéndoselos si lo adoraba.—Esta poesía es

realmente bella y se lee con gran gusto. No es, sin embargo, una poesía religiosa. En ella todo va por fuera, Jesús aparece por de fuera, por de fuera América. Allí hay visión, colorido, impetu.»

Próximamente nos ocuparemos en dar á conocer algo de este importante libro, así como de publicar artículo especial sobre dicha obra.

*
* *

Toisón.—Francisco Contreras ha tenido la gentileza de enviarnos su último libro de este título, y tenemos la oportunidad de dar á conocer á nuestros lectores su composición «César Borgia.» Tanto de este poeta como del Dr. José Ingegnieros, que acaba de publicar «Italia en la ciencia, en el arte y en la vida,» se ocupará nuestro periódico, por ser ambos merecedores de especial estudio.



CIRCULAR

Secretaría de Estado y del Despacho de Instrucción Pública y Bellas Artes.—México.—Sección de Instrucción Secundaria, Preparatoria y Profesional.—Mesa 2.^a—Núm. 584.

En vista del resultado satisfactorio de la Exposición de obras de artistas mexicanos que estudian escultura y pintura en Europa, efectuada en París en la Sala Eylau, los días 6, 7 y 8 de Abril próximo pasado, y organizada por la Delegación de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes de México en Francia, esta mis-

ma Secretaría ha acordado dirigirse á las Sociedades Artísticas Mexicanas, y en general, á las agrupaciones y personalidades que cultiven las artes plásticas, para manifestarles que podrán exponerse en la próxima exposición de artistas mexicanos, que se efectuará en París en el mes de Mayo de 1907, las obras de arte que al efecto se remitan á esta Secretaría.

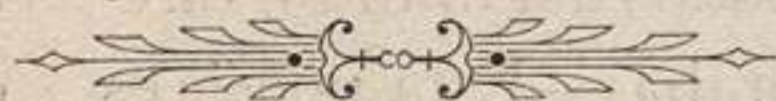
Lo comunico á usted para su conocimiento.—Libertad y Constitución. México, Mayo 24 de 1906.—J. SIERRA.—Al C. Director de la «Revista Moderna.»



DR. GILDARDO A. SERRANO

MÉDICO CIRUJANO Y PARTERO

DE LA ESCUELA NACIONAL DE MEDICINA DE MEXICO.



HORAS DE CONSULTA:

DE 9 A 12 Y DE 3 A 6 P. M.



Calle de la Garrapata Número 8.

